

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835 — BUENOS AIRES, JULIO DE 1926 — Año III. — Núm. 25.

La organización en el interior

Nunca nos hemos ocupado debidamente de los compañeros ebanistas del interior del país. Debido a este descuido de nuestro Sindicato, son pocas las poblaciones importantes que cuentan con la organización de nuestra industria.

Tal estado de cosas repercute sobre el Sindicato de la capital federal en forma que perjudica sus intereses.

Es frecuente que lleguen obreros del interior, que nuestro Sindicato debe aceptar por el hecho de que en los lugares de que proceden no hay organización. Pero esto no es lo más importante ni lo peor. El estado de desorganización en el interior del país suele ser explotado por algunos pillos que no salen de la capital, los que con su supuesta estada en el interior, logran explicar su alejamiento del Sindicato, motivado, en algunos casos, por procedimientos obscuros.

Habiendo en el interior organización sindical, quedaría cerrada una puerta por la cual penetran al Sindicato algunos elementos indeseables. El obrero que dijese tener tal procedencia, estaría obligado a presentar su correspondiente pase sindical, y al no hacerlo así razón habría para suponerlo mentiroso y hasta para considerarlo un traidor, o, en el mejor de los casos, para creer que alguna deuda pendiente mantiene con la organización, por cuya causa no le otorgó el pase. No se introducirían los desconocidos, siendo factible el contralor sobre cada nuevo adherente.

Además, la organización en el interior permitiría esas relaciones tan necesarias para establecer condiciones equivalentes en el trabajo, tanto en lo que respecta a salarios como a horario; para dificultar a los patrones, en caso de huelgas, el reclutamiento de crumiros, y serviría también para algo tan importante como lo expuesto: para atenuar los efectos desastrosos de la inmigración, mediante instrucciones a los recién llegados sobre los lugares convenientes de trabajo y condiciones del mismo.

Con organización en el interior, saldríamos siempre gananciosos; sin ella, vamos a pura pérdida.

Para crear esa organización, no debemos confiar mucho en los propios elementos del interior, generalmente carentes de recursos de todo orden. La mayor parte de la responsabilidad de esa tarea debe asumirla nuestro Sindicato.

Sabemos que es costosa, que exige mucho dinero, que nos obliga a una actividad más, y aun con todo eso, sus frutos no podrán recogerse sino después de algún tiempo.

No obstante, sólo nosotros podemos hacer esa labor. El dinero no ha de faltarnos. Para obtenerlo en la cantidad necesaria al fin indicado, sólo es necesario que nuestra mano, por lo general, dadivosa, se cierre por un tiempo, el indispensable para reunir la suma que nos permita llevar a cabo una vasta jira por la República.

Militantes para realizar la jira no nos faltan. Los contamos en nuestras filas en número excesivo para eso, con las energías y la competencia necesaria para una labor de tal magnitud.

Sólo nos falta un poco de voluntad, o la orientación de otras actividades, menos necesarias, hacia el fin indicado para lograr una fuerte organización de industria en todo el país, de aquí a pocos años.

No sería únicamente nuestra industria la beneficiada por esa tarea. La U. S. A. se beneficiaría también. Cada nuevo Sindicato de nuestra industria significaría un nuevo sindicato para la U. S. A.

Vale la pena meditar sobre el proyecto y realizarlo.

Emilio A. MARSICO.

UN PROBLEMA DE ASIMILACION

Para atenuar el descenso en las cotizaciones —índice de los efectivos del sindicato—que se acentúa en períodos de crisis como el actual, se han ensayado una serie de procedimientos: carteles murales de propaganda, conferencias en la vía pública, citación a la secretaría de los socios atrasados en muchos meses, y por eso de hecho al margen del sindicato, comités idiomáticos y comisiones de reorganización con carácter transitorio.

No obstante, el sindicato no aumentó sus efectivos, a pesar del crecimiento del gremio, principalmente por los fuertes contingentes de inmigración que recibe.

Todos los procedimientos han fracasado, excepto uno: el de los comités de reorganización. Por lo menos este es el procedimiento que siempre dió mejores resultados, porque su misión es la de tomar a los obreros en el lugar del trabajo, el punto más seguro para encontrarlos, y no en la vía pública, como acontece con otros sistemas.

Conocido ya el mejor procedimiento de reclutamiento, y hasta tanto no se descubra otro que lo reemplace con ventaja, corresponde adoptarlo en forma sistemática para que en la misma intensidad sea beneficiado el sindicato.

Esta proposición parecería impracticable por la imposibilidad de alimentar con carácter permanente a un comité compuesto de varios hombres, a los que hay que pagarles un jornal equivalente al que pierden de ganar en el taller, con los consiguientes gastos, además, que su actuación origina.

En cierto modo así es. Un comité de tres hombres, por ejemplo, sería difícil sostenerlo. De dos sería más fácil, y, sin embargo, también originaría dificultades económicas, acostumbrados como estamos a sostener ciertos gastos de necesidad secundaria a expensas de otros que, como los de un comité reorganizador, debieran considerarse primordiales.

Pero si no se puede sostener tres compañeros, ni dos, se nos ocurre pensar en lo fácil que sería sostener uno solo.

Naturalmente que un hombre no constituye un comité; pero lo importante no es eso, sino alimentar dentro de lo que permite nuestra capacidad económica las actividades peculiares de un comité de reorganización. Y dentro de esas peculiaridades tanto pueden trabajar veinte hombres como uno solo. Ese compañero recorrería los talleres con personal desorganizado, se mantendría en contacto permanente con sus obreros, averiguaría sus domicilios y realizaría en todos los casos una acción personal de cuya eficacia sólo pueden dudar quienes jamás la practicaron. Ese compañero vendría a ser una especie de agente permanente de la organización.

En casos de necesidad podría ser—esto excepcionalmente—un colaborador del secretario general, ya para acompañarlo en delegación, bien para llenar cualquier otro cometido. Podría también, en ciertas ocasiones, ser un ayudante del cobrador, en el sentido de ensanchar el radio de la cobranza por la visita al domicilio de aquellos socios que se atrasan en el pago, no por aversión al sindicato, sino por negligencia propia o del delegado del taller donde trabajan, o porque circunstancialmente trabajan en talleres ajenos a la organización. No sería difícil que en su breve función de cobrador percibiese una suma mensual, en concepto de cuotas sindicales, aproximada a la de los gastos de su mantenimiento, por lo cual no gravaría mayormente a la organización con un sueldo cuya satisfacción constituye a veces la resistencia a poner en práctica buenas iniciativas.

Pero no hay que olvidar el objeto principal de la función de ese militante: mantener contacto con los trabajadores alejados de la organización, a fin de que ese alejamiento termine a la mayor brevedad.

El éxito de semejante función es relativamente fácil porque no se trata de atraer a la organización a elementos de inclinación reaccionaria, ni a carneros crónicos, sino a esa enorme cantidad de trabajadores que por el puerto o las estaciones de ferrocarril llegan a la secretaría del sindicato, se asocian y antes de que transcurran los tres meses necesarios para adquirir los derechos de socios activos, dejaron de serlo.

Semanalmente se incorporan al sindicato nuevos elementos; periódicamente se publican registros demostrativos de que apenas alcanza a un cinco por ciento el número de socios que justifican su separación del sindicato, y éste, en vez de aumentar sus efectivos en una cantidad igual a la de obreros recién ingresados, los disminuye. Entre los balances y dichos registros hay una disparidad significativa. ¿A dónde van a parar, entonces, esos noventa y cinco obreros que no han notificado su salida de la organización, a la que ingresaron en el término de dos meses, y a veces en el de uno?

Esta es la cuestión a resolver, cuestión de asimilación.

Admitimos que muchos de esos obreros, la mayoría si se quiere, se ausentaron de la capital sin poner el hecho en conocimiento del sindicato; admitamos también que una minoría haya cambiado de profesión. De todos modos, siempre se nos restan cuarenta o treinta hombres—cada dos meses, al menos—que siguen en la capital, trabajando en nuestra industria y originándonos los perjuicios que dimanan de toda actividad productora que se realiza sin contralor sindical.

Atraer a esos hombres que ya conocen la sede del sindicato no es tan difícil como parece.

Claro está que si pensamos atraerlos mediante una invitación impresa y fijada en la plaza pública, no lo conseguiremos, por la razón sencilla de que esos obreros no salen a la plaza para cerciorarse de si el sindicato los llama. Viven preocupados por otras cuestiones y esas mismas preocupaciones les impiden ver el cartel que les pudiera interesar; y si lo ven no lo leen, por la sospecha, quizá, de que pueda ser una exhortación política, o la recomendación de un específico para pulir la dentadura.

El medio más seguro para atraerlos es el indicado más arriba. Es un medio directo, que no se puede eludir y que ejerce sobre el sujeto una influencia de atracción muy superior al manifiesto u otro medio que no sea personal.

J. A. S.

Se excluyeron dos miembros del Comité de la U. S. A.

El Comité Central de la U. S. A. excluyó de su seno a los consejeros Rúgilo y Kantor por difamación. El primero de los nombrados publicó un artículo en un diario de la mañana con el evidente propósito de difamar al C. C., especialmente a algunos de sus miembros, atribuyéndoles indebidamente posiciones equívocas al tratar y resolver un pedido de solidaridad formulado al Comité por la F. Gráfica Bonaerense. En el mismo artículo se hacían insinuaciones malevolentes respecto a la honestidad de procedimientos del Comité sobre el mismo asunto. Como el referido consejero no pudiera justificar sus insinuaciones y se negara a publicar una retractación, el Comité resolvió expulsarlo.

A Kantor se le aplicó la misma resolución por haber expresado su solidaridad con Rúgilo.

Es lamentable que haya trabajadores cuya conducta con sus compañeros justifique actitudes tan radicales como la adoptada por el Comité Central con dos de sus miembros.

La huelga en Mar del Plata

El conflicto que mantiene el Sindicato de Carpinteros de Mar del Plata originado por el locaut patronal, inspirado éste en el propósito de destruir la organización obrera para luego desconocer las mejoras que por ella se han conquistado, continúa con la firmeza del primer momento. Ni los patrones depusieron su intransigencia ni los obreros abandonaron la actitud de resistencia adoptada el primer día de lucha. Pero es de suponer que bien pronto mudará el aspecto del conflicto en razón de un cambio de frente patronal.

Nuestra suposición tiene este fundamento:

Vista la decisión obrera de no entregarse al capricho de los explotadores, éstos decidieron hacerse de nuevo personal. Con tal objeto, la patronal envió a uno de sus miembros a esta capital a reclutar crumiros. La tarea no fué muy provechosa, ya que después de varios días y de arduos trabajos no alcanzó a reunir veinte carneros.

Con ellos se fué a Mar del Plata, pero antes de una semana, del número indicado no quedaba la mitad. Vuelta a Buenos Aires, y de nuevo a Mar del Plata con otros cuantos carneros, sudorosamente conseguidos en estos días de frío intenso y otra vez las deserciones a la semana.

Este ir y venir, reclutar hombres que luego se dispersan, se viene sucediendo desde los comienzos del conflicto sin que los 350 compañeros huelguistas pudiesen ser reemplazados. A penas hay veinte carneros en todos los talleres de Mar del Plata y, como ocurre siempre con los carneros, muy malos obreros. Sin embargo los patrones los han pagado como buenos, como inmejorables, pues esos son la concreción de un centenar de pasajes de tren desde esta capital a la ciudad del sur, a más de los gastos inherentes al traslado de otros tantos individuos que se han esfumado, esfumando de paso las optimistas esperanzas que en un momento habían concebido los patrones.

Por lo que antecede se comprenderá que las perspectivas se presentan muy negras para los patrones y que nuestra suposición acerca de su derrota tiene un sólido fundamento.

En oposición a la amargura patronal nuestros compañeros mantienen su optimismo, fortificado ante el excelente éxito de su propaganda, entre el elemento adventicio que, como ya hemos dicho, a la semana de estar en Mar del Plata regresa a esta capital en su mayoría.

El comando del líder socialista señor Fava está arruinando a sus colegas y poniendo en mal trance sus propios intereses.

Si como líder socialista es tan afortunado como líder patronal, no le envidiamos los éxitos.

El Sindicato en conflicto ha comunicado al Comité Central de la U. S. A. el deseo de que este se dirija a todos los Sindicatos y les requiera el apoyo pecuniario para proseguir la lucha.

En tal sentido ya el C. C. se dirigió a las agrupaciones que integran la U. S. A.

Con anterioridad a este trámite nuestro Sindicato ya había enviado al C. C.—a los efectos de su transmisión a Mar del Plata —la suma de $ 300.

La vida cultural de los ferroviarios en la Rusia soviética

LOS CLUBS

He visitado varios clubs de ferroviarios y he obtenido un buen lote de enseñanzas con respecto a su actividad.

En noviembre de 1925, los recursos para la instalación de los clubs fueron los siguientes: el Comité Central contribuyó con 730.500 rublos; los comités de las líneas, con 553.721 rublos con 75 copeks. La Administración ferroviaria contribuyó con recursos importantes, tanto pecuniarios como con materiales diversos.

Hay que hacer presente que el C. C. obtuvo del Comisariado de las Vías de Comunicación que proveyera a los clubs de útiles, alumbrado y calefacción. Con eso se ahorró a la organización sindical que gastara importantes recursos.

LA RED DE CLUBS

A fines del año 1925, había en las líneas ferroviarias instalados 656 clubs, de los cuales, 431 eran sostenidos exclusivamente por el Comisariado de las Vías de Comunicación. La actividad de los clubs se ha enriquecido con la instalación de « rincones rojos ». Esos « rincones rojos », aun cuando son células inferiores de los clubs, satisfacen ampliamente las necesidades de los miembros del sindicato de ferroviarios, sobre todo de los que viven en las líneas, gracias a sus bibliotecas ambulantes, a sus órganos periodísticos, etc. Existen 3.531 « rincones rojos ». Son mantenidos por los órganos económicos - administrativos.

LOS MIEMBROS DE LOS CLUBS

El aumento de los miembros de los clubs está en proporción al trabajo que realizan en pro de la cultura de las masas sindicales.

El número de sus miembros, en octubre de 1924, era de 173.000, es decir, el 21.3 % de los sindicados; en octubre de 1925, era de 225.000, es decir, el 26.3 %.

La composición es la siguiente: Adultos: hombres, 61.1 %; mujeres, 20.7 %; adolescentes, 15.2 %.

DIRECCION DE LOS CLUBS

No tienen directores individuales, sino comités. Eso le ha permitido una mayor autonomía y la formación de grupos activos muy importantes. Se realiza una cada vez mayor vinculación con la producción y más atención por las necesidades de las masas.

La dirección está en manos de trabajadores, quienes son más sensibles y preocupados por las necesidades de las masas.

La composición de las direcciones es la siguiente: Obreros, 51.9 %; empleados, 47.1 %; diversos (miembros de las familias, estudiantes, miembros de otros sindicatos, etc.), 1 %.

Los comunistas y los adherentes de la Juventud Comunista están en la proporción de 57 %.

Ha aumentado mayormente la actividad de los clubs después de haberse instituído comisiones, secciones de trabajo y delegaciones.

TRABAJOS DE MASA

Consiste en la organización regular de reuniones nocturnas, especialmente para conversaciones, para editar periódicos, para ensayarse en juicios ficticios, para compilar gacetas murales, conferencias, conciertos, espectáculos teatrales, cinematógrafo y para excursiones. El número total de estas secciones ha sido de 22.766, participando 4.358.472 personas, en un año.

REUNIONES NOCTURNAS PARA CONVERSACIONES

Se trata de secciones especiales para diálogos, para hacer preguntas y responder. Es una de las formas culturales que logra una mayor acción educadora.

Los miembros del sindicato se reunen, plantean un problema que se refiera a la vida sindical o industrial, y conversan, haciéndose preguntas y dándose respuestas.

Se han organizado 930 de estas reuniones, habiendo logrado una concurrencia de 98.668 personas. Por lo general, esas reuniones se dedican a cuestiones de la práctica sindical y de gran actualidad, como, por ejemplo, la retribución del trabajo, protección, y todo lo que se relaciona con la producción. En segundo término, se tratan cuestiones jurídicas, relaciones sociales y los problemas de la vida agrícola.

Esta actividad de los clubs tienen un gran porvenir.

Las conferencias populares versaron sobre los siguientes temas: Leninismo, ciencias naturales, política, lucha antirreligiosa, cuestiones sindicales, cooperativas.

TRABAJO DE LOS CIRCULOS

En los mismos clubs se organizan círculos, cuya actividad especial es la de preocuparse por cuestiones sindicales, industriales, políticas, antirreligiosas.

En octubre de 1924 existían 6.110 círculos, con 184.145 adherentes; en octubre de 1925, 7.451 con 191.162 adherentes.

El Comité Central se preocupa especialmente por la educación ideológica de los militantes muy activos y en general de todo el personal de los clubs. Y para esto se han instituído cursos especiales.

Esta es, en síntesis, la obra cultural de los ferroviarios de la Rusia soviética.

DEMUSOIS - CEL[illegible].

LA PRENSA Y LOS PERIODISTAS

Extracto de una conferencia

Un escritor argentino, que no pudo ser tachado de « revolucionario », Juan Bautista Alberdi, decía que « la prensa era una industria de vivir como la zapatería o la sastrería, industria liberal, brillante, honesta, pero industria igual a otra industria de ganar para vivir. » Y hacía la salvedad de que « sus industriales —los de la prensa—tienen la singular pretensión de pasar por sacerdotes y apóstoles de la democracia, de la patria, del pueblo, etc. » y tienen la pretensión de que se les reserve gratitud, además de pagárseles por su forma de actividad; no tienen la honradez del zapatero, por ejemplo, puesto que no dicen, como este trabajador o fabricante, que hacen botines para vender, sino que declaran que escriben artículos no para que les sean pagados y poder vivir, sino que lo hacen por la defensa de los principios democráticos, por el progreso de la sociedad, por el bienestar de los ciudadanos...

Existe esa clase de prensa y de periodistas, gente que no vive de esa industria y que dedica su actividad con entusiasmo y con fe, desinteresadamente, para la realización de todos esos bienes pregonados?

Casi toda la prensa moderna, y sus periodistas, constituyen realmente una industria.

Los intelectuales que hacen de periodistas casi siempre escriben para ganarse el pan. Y eso mismo les ha creado una servidumbre intelectual desde el momento que son sometidos económicamente.

La libertad de pensar—y por ende, la libre emisión del pensamiento—es una abstracción, en esos casos.

. . . .

El periodista, ¿cómo se forma, de dónde viene y qué persigue?

Conocer todo eso es ilustrarse sobre la prensa, periodistas y la libertad de pensar.

Un muchacho que no tiene rumbo fijo, es el que casi siempre llega a las puertas de un periódico de pueblo, o a una revista social de barrio de gran ciudad. Ese muchacho ha logrado destacarse un poco entre sus compañeros de colegio, por cierta inclinación a las letras. Se le ha encomendado un discurso, una conferencia patriótica, o con motivo de la fiesta del árbol o del día de la madre. Y estimulado en ese sentido—un estímulo poco saludable—sin mayor tino ni orientación, despertando su vanidad, se va sugestionando. Y no es infrecuente que por unas cuantas mal hilvanadas y peor pensadas páginas, o por unos versos sin poesía, llegue en la prensa de su mismo pueblo a ser considerado como « una esperanza de las letras » o del periodismo nacional.

El ruido lo aturde, no le deja comprender debidamente la realidad, no le permite oír las buenas observaciones de quienes poseen un poco de buen sentido. Y aun más; cuando alguien se permite hacerle una indicación le mira como a un envidioso sujeto, que no pudiendo volar alto pretende que otro no remonte el vuelo por el infinito espacio de la gloria.

Se trata de buenos muchachos, de ingenuos, víctimas de la mala educación literaria, que miran al través de un vidrio de enorme aumento su propia persona y su actividad. Desdeñan ganarse la vida en forma útil, en la que pudieran utilizar más las manos que su propia charla hablada o escrita. Se agigantan pensando que en el mundo perdura el nombre de una cantidad de escritores, creyendo que bien pudieran ser ellos también los escritores glorificados de mañana.

Y como la atmósfera que los rodea es de esa misma naturaleza, como no tienen experiencia, rechazan todo sano consejo; y como los periodistas, los maestros, los amigos y hasta los mismos padres los alientan, es evidente que se lancen a la conquista de la gloria.

Los mismos padres. Y pareciera extraño, pero es así, efectivamente. Muchos padres—no sólo de la media burguesía, clase de donde sale la mayor parte de muchachos con la ilusión de la gloria literaria—proletarios se emboban oyendo las tiradas literarias de sus hijos, tiradas literarias que más de una vez elogian, interesada o inconscientemente, maestros de escuela, periodistas y hasta autoridades escolares lugareñas, porque el joven aspirante ha tomado como motivo de sus elucubraciones a los próceres, al apóstol de la civilización: el maestro de escuela, la rectitud de tal o cual gobernante, la misión grandiosa de la prensa, haciendo de paso la apología del periodista de su pueblo, que lo apadrina dándole cabida en su hoja.

Mientras sus hermanos siguen preocupándose prosáicamente por adquirir una capacidad técnica en algún oficio, el Benjamín de la familia se ensaya para escritor en la prensa de su pueblo, pero no para llenar la misión de modesto periodista que quiere ser realmente útil, sino para ascender, haciéndose primero la mano y luego marcharse del lugar, llegar a la gran ciudad a poner de relieve sus relevantes cualidades, para alternar con los literatos y escritores consagrados y alcanzar a formar parte del círculo de los electos y elegidos.

¿Qué contenido tiene la prosa de esos aspirantes a escritores?

Si nos preocupáramos por leer durante un solo año los periódicos de los millares de pueblos chicos, comprenderíamos de inmediato que casi todos esos muchachos ingenuos son pobres víctimas de chifladuras literarias, que no hacen más que repetir frases de otros, hablándonos con un lenguaje muy ajeno a la realidad, ampuloso, rebuscado, sin originalidad. Y si algunos son originales, es indudable que sufren las modificaciones que les imponen sus padrinos, los mismos periodistas que quieren servirles de maestros.

Los hay talentosos, a no dudarlo, llenos de ansias por discurrir, por abordar temas, exteriorizar su inclinación, pero son los menos. Y esos muchachos talentosos son casi siempre espíritus rebeldes, que no sufren los moldes, que se independizan, que, impulsados por una fuerte ambición personal o una incontenida vanidad, se lanzan solos a buscar la gloria.

Son muy pocos los ejemplares de inteligencias sólidas, bien nutridas.

¿Qué rumbos toman?

Casi todos fracasan al comenzar. Su nombre no transpone ni los modestos límites de su pueblo; a veces ni los de la propia casa. Unos se lanzan a la arena electoral. Y como en ese medio aun se brilla con muy poca capacidad y con un poco de audacia, orientan su verba o su pluma hacia el elogio desmedido y sonoro de un figurón cualquiera del escenario pueblerino. Y en ocasión de la llegada de otro figurón del escenario de más arriba, no pocas veces le toca hacer el discurso o el artículo de bienvenida. Esto le sirve de escalón para subir. Y no será infrecuente que en más de una ocasión hasta se le encomiende la factura de un discurso que un personaje leerá como cosa propia, con todo énfasis, en un recinto cualquiera de los que fabrican leyes.

Y esos buscadores de la gloria literaria, no habiéndola podido alcanzar, se convierten en buscadores de otra gloria que les permitirá elevarse a la categoría de bien ubicados en la máquina de gobierno.

Y sus discursos y escritos tendrán el sello de la gloria electoral, que es también gloria... Y en las trifulcas políticas, que a diario han de verse envueltos, sacan a relucir su pluma, convertidos en periodistas, para elevarse su propio pedestal. Y entran, vertiginosamente, a hacer de su pluma un mercado, por cuenta propia o de otros.

Llegan a la servidumbre intelectual. Se convierten en instrumentos de los amos. No pueden pensar libremente, porque deben escribir para defender a quien o a quienes le han allanado el camino del pan de cada día.

Utilizan una prosa convencional. Y cuando consiguen un cierto prestigio intentan marcar rumbos a la política del país. Lo que no alcanzan a comprender, casi nunca, es que quienes marcan rumbos no son ellos, sino los amos económicos.

. . . .

Casi no existe órgano de la prensa grande que sea propiedad de un solo individuo. Por lo general, es de una sociedad, más o menos limitada. Y se explica. La prensa moderna necesita de grandes capitales. La técnica es de un desarrollo enorme. Las máquinas son costosas; el servicio de información no puede hacerse con unos cuantos datos, sino con gran cantidad, cosa que no se consigue si no se tienen agentes y gente que se preocupe especial y exclusivamente; el personal para editar el diario constituye un cuerpo numeroso que hay que mantener con muchos pesos.

Los que abordan una empresa de ese género o son capitalistas o gente bien subvencionada por gobiernos, partidos o empresas industriales o comerciales. Y con esto llegamos a la evidencia que la prensa moderna es una empresa de carácter capitalista.

¿Pueden, los que redactan esos órganos, pensar libremente, decir la verdad, poner de manifiesto el fondo de un asunto público cualquiera en el que esté ligado el gobierno que subvenciona, el partido que sostiené, el trust que monopoliza el producto que defiende el diario, el empresario o la empresa que paga los gastos de la publicación?

« Nadie escupe en el plato donde come. »

La libertad de pensar es un mito, una frase para embaucar a los incautos.

Pitigrilli, uno de los fuertes escritores italianos de postguerra, que posee una mordacidad sangrienta, al hablar de los que se engolfan en el periodismo guiados por la ilusión de la vida sana, inteligente y fecunda, hace decir a un viejo periodista, escéptico y amargado, en un momento de sinceridad, que « en el periodismo se refugian después de haber ejercido oficios degradantes, o enceguecidos por el brillo, para convertirse muy rápidamente en criados; para dejar de vivir en la vida, para vivir al margen; para sostener una opinión que no es la propia, tratando de imponerla con toda habilidad al público al que dirige la hoja; para tener como opinión la del director y éste, a su vez, la opinión del o de los dueños o de quienes subvencionan; y quienes no conocen de cerca la vida del periodista creen que es un ser privilegiado, porque en los teatros tiene entradas gratis, los ministros le dan la preferencia en las entrevistas, los artistas se familiarizan con él; pero no alcanzan a comprender que toda esa gente que le llenan de atenciones, en el fondo lo desprecian; pocas veces se encuentran inteligencias fuertes, casi todos son vanidosos, vacíos, pobres mediocridades que no hacen más que cumplir lo que se les ordena, y que con el tiempo hasta llegan a creerse no sólo inteligentes, sino muy preparados, por el hecho de haberse codeado con literatos, comediógrafos, músicos, hombres de ciencia, legisladores, pintores, escultores, o por haber leído a la ligera o fragmentariamente, un montón de esos libros que llegan tanto a la sección bibliográfica del diario; y el engaño, la ilusión con respecto a la cultura o el saber de esos periodistas, es mayor si uno se atiene a la impresión inmediata que nos producen personalmente, puesto que los vemos casi siempre silenciosos, o que conversan mirando al suelo, creyendo que meditan, que están sumergidos en hondas reflexiones, pero en realidad no piensan en nada, son como los caballos de coche de alquiler, parados en una calle, que parecen petrificados por tremendos problemas... »

. . . .

En los pueblos de poca población, los periodistas no escapan a la ley general de la prensa como industria. Aparenta la prensa de esas poblaciones una independencia que en realidad no tiene. No hay más que analizar cómo se sostiene una hoja.

Efectivamente, quienes fundan una hoja son personas independientes, que poseen un pequeño capital, que escriben y administran ellos mismos. Se trata casi siempre de un semanario. Si el dueño—que hace de periodista y de administrador—quiere llegar a la popularidad, se embandera en la oposición. Aparece como independiente. En este caso, quiere significar que no pertenece a una asociación económica o que no es definitivamente de un partido.

Esas hojas son las que menos dicen la ver-

El C. Central y la F. Gráfica frente al conflicto con "Crítica"

Entre el Comité Central de la U. S. A. y la comisión administrativa de la Federación Gráfica Bonaerense surgió un entredicho, motivado por un hecho censurable de esta última institución. El periódico de la misma hizo una serie de consideraciones acerca de la U. S. A., en las que expresó el deseo de verla destruída.

Pedida una explicación de su conducta, la Gráfica dió la callada por respuesta, y sólo adquirió el uso de la palabra cuando necesitó el apoyo del Comité Central para el conflicto que sostiene con el diario *Crítica*. En tal circunstancia, el Comité Central manifestó a esa entidad que correspondía resolver previamente el asunto que había motivado el pedido de explicaciones, por considerarse inhibido para continuar manteniendo relaciones de ninguna clase con una institución que no obstante su carácter de adherida a la U. S. A. no vacilaba en expresar, acerca de la misma, conceptos propios de la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica.

La Federación Gráfica volvió a dar la callada por respuesta. Mientras tanto, y por esa misma causa, el apoyo del Comité al conflicto contra *Crítica* no pudo hacerse efectivo, con los perjuicios que son de imaginarse.

Se advierte que la comisión administrativa de la Federación Gráfica no tiene mayor interés en llevar a buen término los conflictos de su sindicato. Lo demuestra el hecho referido, aparte de su negativa sistemática de enviar al Comité Central elementos de juicio sobre la huelga, los que éste utilizaría a los efectos de una buena propaganda. Los pedidos hechos por el Comité Central en tal sentido, corrieron la suerte del otro.

Es realmente extraña la conducta de la Federación Gráfica.

-dad. Intenta el periodista ponerse por encima de todos los conflictos sociales o políticos, « más allá del bien y del mal », como diría una Zaratustra cualquiera. Intenta aparecer como un consejero desinteresado, pero en conclusión todos sus artículos finalizan diciendo que por el interés colectivo, por la tranquilidad de la población, por el progreso de la localidad, por el bienestar de todos, es preciso que los trabajadores—si se trata de una huelga, por ejemplo—sean tolerantes, conciliadores, que no ahuyenten a los capitales.

¿Eso significa independencia? Aparentemente, sí. Pero analizado más de cerca, percibimos que el periodista ése está siempre del lado que más le conviene, y en el caso que tomáramos como ejemplo, del lado del más fuerte, económicamente.

¿Cómo viven esas hojas? Aquí es más exacto que nunca aquello de que « de la manera de vivir deriva la manera de pensar. »

La mayor parte del espacio de la hoja lo ocupan avisos de casas de comercio, de empresas industriales, remates, negocios. Esos avisos son la vida efectiva y permanente de la hoja. A menudo su dueño está ligado en alguna forma a empresas o negocios; o por exigencias económicas, debe dinero a prestamistas, negociantes o bancos; o en su imprenta se hacen trabajos tipográficos. Esa es la situación efectiva de los periódicos y periodistas de poblaciones pequeñas y hasta medianas.

¿Pueden los que de ese modo viven hablar con entera libertad, sobre todo en cuestiones que se relacionan diariamente a la vida de la gente que da avisos, paga por anuncios, presta dinero o lleva a los talleres sus trabajos tipográficos?

Sería una ingenuidad pensarlo solamente. No hay tal prensa independiente.

....

BARTOLOMÉ BOSIO.

El jefe de la tiranía fascista

Lejos de aquí, en una parte del globo donde la tierra fértil dió tanto fruto bueno para la humanidad, donde infinidad de trabajadores, tan sólo por hacer bien a su clase, sin egoísmo de ninguna especie, pero sí a sabiendas de que su libertad o su vida corrían peligro al propagar un ideal de libertad, igualdad y justicia, ideal más justo y más humano del que hoy nos está inculcando la burguesía por intermedio de sus puntales, en ese lugar conocido universalmente por nación italiana, nació un día un monstruo, figura de hombre, pero una hiena con las entrañas negras; a ese ser inhumano se le conoce por Benito Mussolini.

En un tiempo fué propagandista del socialismo. Aspiraba a ser un Cristo redentor de la clase obrera, pero encontró la cruz muy pesada, el camino muy escabroso, intransitable, lleno de zarzales; indeciso se hallaba ante tal plato de comida mal condimentada, cuando se le apareció a la vista un suculento manjar que los capitalistas de ese pueblo le ofrecieron. El manjar era el nombramiento de gran jefe de una horda si invertía los papeles. Y él, de inmediato, abandonó aquel rocoso camino por la camiseta negra con que se visten en esa nación los individuos de las bandas criminales fascistas. Recompensado de esa manera, tenía necesidad de demostrar el esclavo a sus amos, hoy nombrado gran jefe de las hordas, el talento con que el omnipotente lo había dotado. Lo primero que hizo, fué declarar que el que no lo aceptara como tal lo consideraba su enemigo y como a tal lo trataría. Falso apóstol del socialismo, traidor del mismo, de la noche a la mañana, encontró a infinidad de enemigos que brotaban como flores en primavera en todos los campos, para colmarlo de epítetos infamantes, los que al ser más indiferente lo hubieran hecho morir desesperado, pero a una fiera semejante estaban muy lejos de hacerle efecto alguno.

No conforme con encarcelar a los trabajadores, matarlos y ultrajarlos, se apoderó de sus organizaciones de clase, los sindicatos, para manejarlos a su antojo y mandar representantes de los « trabajadores » a un congreso internacional en el que, y antes de que se inaugurara, hizo la amenazante declaración de que si fueran rechazados sus delegados, tomaría las medidas que creyera más convenientes.

Sus delegados fueron aceptados por ese congreso que, al parecer, pretendía universalizar la jornada de ocho horas, mediante un acuerdo entre los patrones, los gobiernos y los obreros de la mayor parte de los países.

Terminado el congreso, el zorro fascista, lejos de llevar a la práctica las ocho horas de trabajo, impuso a los obreros italianos la de nueve, retribuída lo mismo que la de ocho, y tuvo la audacia de declarar este mazorquero sanguinario que su resolución era aprobada por los trabajadores italianos, quienes estarían dispuestos a trabajar diez y más horas para... salvar a la patria.

El criminal y traidor Benito Mussolini, jefe de la banda de bandoleros y explotadores de la clase proletaria italiana está creído que encarcelando, quitando vidas y oprimiendo todo lo que puede a los trabajadores convertirá a Italia en una balsa de aceite. Pero... tiempo al tiempo. De los campos regados con sangre pronto fruto se ha de recoger, ¡y guay de los opresores!

PACO.

LA JUSTICIA DE LA HUELGA

La prensa liberal, a la noticia de una huelga, es invadida por una extraña curiosidad; y con el semblante de juez imparcial que, después de largas y profundas reflexiones, debe resolver un problema del cual depende, por lo menos, cien años de la evolución histórica del género humano, grita pregonando la « gran cuestión »: ¿Quién tiene razón? ¿Cuál de las dos partes contendientes tiene derecho a la victoria en el conflicto? ¿El capital o el trabajo?

Los autoritarios, los « hombres fuertes », no se preocupan gran cosa de semejante cuestión. Ellos tienen siempre pronta una respuesta. Según ellos, los obreros nunca tienen razón. Los patrones son dueños en su casa. Ellos son quienes dan el pan, sin el cual los obreros no podrían vivir. Por eso los obreros tienen, como orgullosamente lo ha dicho un pontífice del mundo intelectual alemán, el profesor H. Schwart, en un libro sobre moral, el sacrosanto deber de estarles agradecidos. Y, en efecto, ¿quién salvaría a los obreros del peligro de morir de hambre si no fuera el patrón que se digna darles ocupación y salario? Es por esto que los que piensan de ese modo consideran toda tentativa de los obreros a agitarse independientemente y a contralorear el proceso de la producción, como una verdadera ingratitud y una desfachatez inaudita contra la cual las clases poseedoras deben defenderse castigando a los reos por medio de la fuerza estatal (cárceles) y por la fuerza del capital (locaut); es decir, ¡con el castigo del hambre! « El capital, únicamente, es quien tiene derecho a dictar las condiciones del trabajo. » Este es el principio fundamental de los dueños de la tierra y de las máquinas, rurales y urbanos. Para ellos, no hay por qué hacer indagaciones especiales: el capital siempre tiene razón.

De otra manera piensan los liberales y los intelectuales burgueses, con la oficialidad de la economía política de las universidades. En los conflictos entre capital y trabajo, que conmueven la opinión pública del país, y la producción nacional, ellos meten las narices, más o menos adecuadas para este género de ocupación, en los dos campos opuestos e indagan sinceramente—o lo fingen—« los hechos económicos de la lucha », con la intención de encontrar la « culpa » y medir al « derecho ».

También éstos, naturalmente, no tocan (ni piensan en semejante cosa) la propiedad privada de los instrumentos de trabajo, que para ellos es tan intangible como para los autoritarios.

Pero consideran que el trabajo tiene derecho a contralorear. Este derecho, según ellos, no deriva del hambre de los asalariados (hambre en el amplio significado de hambre de civilización). El hambre solamente, no da derecho a la resistencia obrera, ni puede el sobretrabajo, la enfermedad física, conceder al obrero un derecho de disminución de la jornada de trabajo. Según ellos, el derecho a la huelga no depende del grado de miseria económica y física, o de la intensidad de las necesidades del obrero, sino únicamente del grado en que los empresarios sean, sí o no, capaces de secundar los deseos de sus obreros sin dañar a sus industrias o empresas, ni a su tenor de vida personal. En otros términos: si el patrón es un tipo malo, que paga salarios de hambre, por maldad o por desmedida avaricia—para medir lo cual nos falta toda medida lógica—entonces, el « derecho » está, quizá, de parte de los obreros. En « todos los demás casos » está de parte de los patrones.

Esas indagaciones, en realidad, no tienen valor alguno. Saber si el capitalista, sin hacer daño a su empresa, está en situación de conceder a sus obreros mejores condiciones, es, desde el punto de vista financiero, muy difícil de lograr. El capitalista es el único que conoce sus medios financieros. Ningún patrón que se encuentre en lucha con sus obreros dejará de jurar por todos los santos que su ganancia, debido a la concurrencia, es muy poca, reducidísima, y que por lo tanto no le es posible hacer concesión alguna, por ínfima que sea. Y después de todo: ¿cuál es la « justa » medida que corresponde de derecho al famoso « provecho del empresario »? ¿Y cuál es la « justa » medida del salario para los obreros? Como puede verse, el problema del « derecho » y de la « no razón » de las huelgas, en este terreno no se resuelve nunca. Los intelectuales de la burguesía, con toda su ciencia, nos conducen a un callejón sin salida.

Entre nosotros hay quienes (la mayor parte del elemento reformista) han querido dar una solución del problema con la fórmula que la justicia de una huelga depende de la probabilidad, más aun, de su seguridad de victoria. Según ellos, consiste en el éxito. Esos socialistas pueden ser buenos políticos, pero jamás han aprendido a definir los conceptos. Ellos confunden la justicia—categoría esencialmente « moral »—con la « oportunidad »—categoría esencialmente « táctica ».

Las relaciones lógicas entre justicia y éxito son como las que hay entre un hombre y un par de zapatillas: casuales, ocasionales, posibles. El hombre puede, en ciertas circunstancias, y si tiene los medios, poseer las zapatillas, pero no deja de ser un hombre si no las tuviera.

Considerado desde el punto de vista de la economía política aislada; dejando a un lado todo « propósito » inherente a todo movimiento económico, sano y saludable, el problema se nos presenta bajo la fórmula sublimemente expuesta por Marx en *El Capital*: « Si el capitalista usa de todos los medios para alargar la jornada de trabajo del obrero hasta el último límite imaginable, hasta hacer, si es posible, de una jornada de trabajo, dos, no hace más que usar de su derecho de competir con la mercancía-fuerza de su trabajo. Por otro lado, la cualidad especial de la mercancía vendida impone al comprador un límite en la intensidad del uso, de modo que el obrero, con su tendencia de reducir la jornada de trabajo, no hace más que usar de su derecho de vendedor. Existe una verdadera antinomia: derecho contra derecho, ambos garantidos por la ley de la oferta y de la demanda. Entre estos dos derechos, quien decide es la fuerza. »

Pero esta cruel antinomia es más adelante destruída por Marx. En efecto, dice, una generación futura juzgará la propiedad privada de la « tierra » tan absurda, como es juzgada absurda la esclavitud, la propiedad de los « hombres », por la generación actual. Entonces, si es verdad que el derecho económico depende solamente de la fuerza física, no es menos cierto que el derecho histórico y moral no puede dejar de estar con una de las partes contendientes: antiguamente con los luchadores contra la esclavitud, hoy con los luchadores contra la propiedad privada. »

En efecto, cuando medimos la profundidad de este problema con esa medida, la respuesta dada al derecho y al no derecho que se tiene para hacer huelga, nos resulta tan fácil como la respuesta a la cuestión del derecho o no derecho a nuestra vida. El objeto del movimiento obrero consiste en la abolición de las clases mediante la abolición del dominio de las clases poseedoras y la emancipación del proletariado. Para alcanzarla, es menester la elevación moral y económica—la creación del sentimiento de solidaridad y de la conciencia de clase—de la población obrera. La elevación es acelerada con la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado.

Uno de los medios más eficaces en esta lucha, es la huelga. Como último eslabón de la cadena lógica sobre la justicia, la huelga es también de por sí « justa ».

La justicia de una huelga no deja de ser ni aun cuando los obreros, antes de negar su personalidad en el proceso de la producción, esperan, con astucia, el momento más propicio; ni si el patrón abandonado por los obreros cae en la ruina financiera. El uso de medios no morales—como ser, el aprovechamiento de las dificultades de otros—no deja de ser justo solamente en el caso que el derecho o la dignidad humana agredidos, excluya la defensa con medios morales (derecho a la defensa personal), sino también en el caso, no menos frecuente, que el alcanzar un propósito moral no es posible con medios morales. Se comprende que también en esos casos la ruptura de la norma moral no se justifica tanto por la idealidad del fin—lo cual no es capaz de transformar medios morales—sino por la necesidad en que se halla el defensor—aun cuando se nos presenta bajo la forma de agresor—de ver en la inmoralidad la única vía de salida. Y la huelga queda aún en el terreno de la moralidad, no obstante las formas que toma para desenvolverse, inclusive la criminalidad. El asesinato de un patrón, cometido en un momento de suma irritación obrera, no es capaz de disminuir en lo más mínimo la justicia de la huelga, de la cual sólo sería un episodio doloroso.

En este terreno, poco nos preocupan las fuentes y las vicisitudes de cada huelga. Nos basta saber que cada huelga incluye en sí la tendencia hacia el propósito de creación de un nuevo ordenamiento social, objeto que, indudablemente, no es alcanzable con pacíficos pactos con las clases privilegiadas. ¿Qué nos puede preocupar, entonces, el hecho de que en un caso o en otro, el patrón es un hombre de un corazón de oro y de elevadísimas idealidades personales, mientras los obreros huelguistas son una híbrida turba de malhechores diabólicos que preferirían la bancarrota o la muerte del patrón-ángel, al más pequeño sacrificio, al más insignificante compromiso? ¿Qué importa a un movimiento de civilización superior como es el movimiento obrero, una sentimentalidad semejante?

Si las necesidades económicas de su ambiente obligan a un buen Dios a la defensa del mal, pero si las mismas necesidades económicas del ambiente obligan a cien mil diablos a querer el bien, entonces es indudable que el buen Dios es el enemigo, y los cien mil diablos son los amigos de la civilización y de la moralidad. Superior a todo caso histórico es el movimiento hacia una meta.

Por eso es inútil charlar sobre « huelgas justas » y « huelgas injustas ».

ROBERTO MICHELS.

Insensibilidad capitalista

Se da el caso, con suma frecuencia, de que muchos capitalistas son miembros de sociedades protectoras de animales, sostenedores de instituciones de beneficencia, etc., que protestan por el mal trato que se da a un perro o a un caballo, y que, sin embargo, como dueños de talleres, explotan desalmadamente a niños y mujeres, haciéndoles trabajar durante jornadas excesivamente largas, o frente a un obrero que se rompe un brazo entre el engranaje de una máquina, no tienen mayor aflicción que la que deriva de la impresión inmediata de una escena de sangre que conmueve a cualquiera que la presencie, y luego, para la víctima, no tiene otra conmiseración que la de... substituirle con otro obrero, y olvidarse por completo del que en la producción de riquezas, en el aumento de su capital, le dejó su sudor, y jirones de su vida.

El capitalista no tiene ojos, no ve las miserias proletarias; su mirada está fija en la máquina productora, en los movimientos del taller y del mercado. No tiene oídos para oír las quejas de los que arrastran su existencia por el calvario de la explotación, no oye la voz del despojado, que es la condena de su sistema; su oído, atento, escucha con ansiedad el ruido de las máquinas que marchan veloces, el rumor incesante del mundo del taller, indicador de vida, que es vida sólo para el parásito. A su corazón no llegan los ayes de las víctimas del trabajo, los lamentos de la prole obrera, los gritos que salen del tugurio, del mundo de miserias y penas; está bien resguardado, está bien apartado de su contacto.

El capitalista tiene tan sólo estómago para digerir con avidez todo lo que produce el esfuerzo fecundo de los que revientan en la ruda labor.

B. B.

Todo lo adquirido en el terreno social es el resultado de luchas que han costado inmensos sacrificios; es el fruto de los tenaces esfuerzos de las organizaciones sindicales. Cuanto más poderosos lleguemos a ser en el cuadro sindical bajo el punto de vista de la fuerza numérica de los efectivos, cuanto más confiados y cuantos más estrechos sean nuestros lazos internacionales, y cuanto mejor pueda apoyar un grupo profesional a otro y una central nacional a las otras, tanto más rápidamente y de un modo tanto más duradero iremos a la delantera de las próximas conquistas.—PETER GRASSMANN.

Empresas Capitalistas Boicoteadas

Los trabajadores deben tener en cuenta las siguientes firmas y productos boicoteados por la U. S. A.

ALCOHOLES DE GUILLERMO PADILLA

NAFTA «ENERGINA» Y KEROSENE «AURORA»

REVISTAS «ATLÁNTIDA», «BILLIQUEN», «EL GRÁFICO» Y «PARA TI»

VINOS «EL TUMBADOR», «PISTOLA» y «AGRELO» DE LA BODEGA VARACHIN, MENDOZA

CAL Y LOSA DE LAS CANTERAS DE SAN LLORENTE, SAN JOSÉ DE LA TINTA (BARKER)

CANTERAS DE PUCCI, MOLINARI, CÓRDOBA

CHOCOLATES, CAFÉS Y ESPECIAS MARCA «ÁGUILA» DE SAINT HNOS.

EL COMUNISMO BURGUES Y LA VALORIZACION DEL TRABAJO

Entró ya en el tercer mes de duración la huelga de los mineros británicos, y su solución se halla en los mismos términos iniciales. Las negociaciones entre ambas partes en conflicto se hallan, ha tiempo, en un punto muerto, y todo induce a pensar que de él no se saldrá hasta que se declare la derrota en una de ellas. Los argumentos se han agotado y ambos se han remitido al veredicto de la resistencia. Es doloroso pensar que él se pronuncie en contra de los obreros, como podría deducirse por la actitud del capitalismo hullero, exteriorizada en la ley que extiende a ocho horas la jornada de trabajo en las minas. ¿Es un anuncio justificado de la victoria patronal?

Los voceros capitalistas aseguran, aleccionados por experiencias anteriores, que los mineros no podrán resistir más allá de doce semanas y que entonces el hambre los hará capitular. Y el patronaje, impacientemente, espera que ese término se cumpla, con la vista fija en la víctima, auscultando sus pulsaciones. No de otro modo los cuervos esperan que el moribundo cese de debatirse para avalanzarse sobre el cadáver. Y el término se ha de cumplir, y para que en él se cumplan también sus esperanzas, arbitran todos los recursos que les da el poder del Estado para que su aliada el hambre llegue en el plazo previsto.

Y esta situación la comentan fríamente hasta hombres de letras que alardean de filósofos y moralistas, considerándola como un caso ordinario de la vida económica. Si la explotación de una industria arroja pérdidas, dicen, no quedan más que dos caminos para evitarlo: disminuir los salarios de los obreros en proporción o aumentar en lo mismo el tiempo de su trabajo; si éstos se resisten, perjudican a toda la comunidad, que tiene derecho a esperar de ellos este sacrificio; por lo tanto, el hambre los hará entrar en razón. Para llegar a esta conclusión sientan una cantidad de premisas falaces, basadas en la renta y el interés del capital, que no tienen ninguna atinencia con la bienandanza de la mentada comunidad.

Es una singular comunidad ésta, que puede estar representada por un grupo de propietarios que no permite extraer carbón si no les produce sus calculados provechos, y no puede estar representada por dos millones de trabajadores que se ofrecen para extraerlo en condiciones que les eviten caer en la abyección. Esa comunidad se siente intranquila si unas decenas de sus componentes no reciben pingües beneficios; pero se muestra desdeñosa ante la miseria y el hambre a que aquéllos condenan a muchos millones de seres humanos, parte integrante también de la misma comunidad.

La crisis del carbón se resuelve si los obreros mineros trabajan una hora gratuitamente para los empresarios, dice el gobierno inglés; y calculando a sólo una libra esterlina por semana el trabajo gratuito de cada minero, cada millón de éstos brinda al fin del año 52 millones de libras al grupo de empresarios hulleros. Con este sencillo golpe de cubilete, coloca fuera de peligro a esa peregrina comunidad... y descubre que detrás del cortinado de los vocablos hipócritas, el capitalismo reduce su moral y el hambre de los obreros a libras esterlinas.

Los mineros británicos podrán ser derrotados; el sentimiento solidario, base sobre que debe descansar toda la moral de nuestra clase, es dudoso que pueda emergir positivo de formas materiales deficientes, como lo son su actual organización en todos los ámbitos del mundo del Trabajo, pero es indudable que la responsabilidad de ese desgraciado accidente recaerá por entero sobre todos los obreros del mundo que no sean los mineros ingleses.

Ellos están allí firmes aún y solos en el campo de la lucha defendiendo un principio que es un principio de todos, frente al bloque unido y ceñido pensamiento solidario del capitalismo; unión y solidaridad que es un ejemplo amargo para la dispersión material y el pensamiento diluído de la clase trabajadora. Es indudable que no desconocen los capitalistas que en este conflicto se trata, en primer lugar, del exclusivo beneficio de una pequeñísima parte de ellos; pero saben positivamente que bajo él, mejor, implícitamente en él, hay un interés general grave para el capitalismo, y aunque el conflicto irroga pérdidas materiales considerables, ninguna voz de defección se ha levantado.

El capitalismo sabe que lo que está en disputa no es una cuestión de salarios. Contra los salarios altos ellos poseen medios de neutralización, que para eso están las finanzas en sus manos. Pero aquí se trata de un asunto realmente grave. Los mineros defienden la *valorización del trabajo* mediante la disminución de la jornada.

Toda la lucha de clases de hace un siglo, en lo que tiene de concreto, giró alrededor de esta cuestión. Larga jornada, con su secuela: baja del salario, oferta de brazos, pauperismo, declinación de la intelectualidad obrera, esclavitud física, abyección moral; contra disminución de la jornada y sus consecuencias: valorización del trabajo, demanda de brazos, progreso de la mecánica, técnica superior, ascenso de la intelectualidad y la moral obreras, fortaleza del espíritu de clase. Cada vez que la organización obrera impuso una disminución de la jornada, el patronaje clamó prediciendo la ruina de la industria y la elevación de los precios a límites intolerables, y el resultado en realidad fué siempre una reducción relativa de los precios. y la elevación del nivel de vida de los trabajadores.

Se pretende resolver la crisis británica del carbón con una elevación de la jornada, «beneficiando así a la numerosa población minera, que de otro modo sufriría la terrible consecuencia de la clausura de las minas»; pero silénciase la natural consecuencia de semejante medida salvadora de esta industria, que es la implantación de la misma medida por parte de los competidores extranjeros en todas las regiones mundiales de producción hullera y el restablecimiento inmediato de las condiciones actuales que crearon la crisis. De modo que ésta, si es real, no la habrán solucionado; pero habrán conseguido materializar un comienzo del ardiente deseo actual del capitalismo: la depreciación del trabajo y hacer recaer enteramente sobre la clase trabajadora la responsabilidad de sus desastres financieros motivados por la guerra.

La Federación de Mineros no se limita solamente a resistirse al aumento de la jornada—que ya implica una razón poderosa—sino que ha presentado soluciones de carácter económico, basadas en la nacionalización de la industria; pero como ellas no incluyen el aumento de la jornada ni la rebaja de los salarios, sino por el contrario, una reorganización fundamental de la explotación minera que cercena innumerables privilegios burgueses que son la causa real del encarecimiento del producto, ha merecido el repudio oficial y la condenación del capitalismo. ¡Se contestó con la ley que impone a los trabajadores una hora de trabajo gratuito en beneficio de los patrones!

Si no se consigue que esta respuesta infamante sea a su vez retirada y la magnífica resistencia de esos obreros se quiebra, se habrá iniciado un retroceso más en la posición de nuestra clase, cuya responsabilidad no podrá rehuir ninguna conciencia al sufrir las consecuencias materiales de esta derrota, motivada por una grave falta de solidaridad.

J. PALLAS.

LOS MINEROS INGLESES RECLAMAN NUESTRA SOLIDARIDAD

La Federación de mineros británicos, en lucha titánica con los propietarios de las minas, ha enviado a la U. S. A. la circular que reproducimos a continuación, por la que solicita su solidaridad.

De todas las armas solidarias que reclaman los mineros ingleses, la única posible, en nuestro caso, sería la consistente en envío de dinero, y ésta el Comité Central no puede emplearla por la carencia total de fondos.

No obstante esta seria dificultad, el C. C. resolvió dar a conocer el documento minero, a objeto de que los sindicatos de la U. S. A. que cuenten con fondos contribuyan a consolidar la admirable resistencia de los huelguistas ingleses.

El Comité Central prescindió de hacer listas de suscripción en atención a la situación crítica por que atraviesan los sindicatos en general y para no malograr totalmente el pedido de dinero a favor de los carpinteros marplatenses, víctimas de un serio locaut destinado a destruir toda la organización obrera de Mar del Plata, una de las más eficientes del sur de la República.

He aquí la nota:

En nombre de los mineros británicos que luchan contra una disminución de salarios y un aumento de las horas de trabajo, dirigimos a los sindicatos del mundo entero un llamado para que nos ayuden. Adjunto hallaréis una copia de este llamado que, estamos seguros, no habrá sido lanzado en vano. Nuestra lucha interesa a los trabajadores de todos los países. Si nuestros salarios son rebajados, los vuestros lo serán después. Si se aumenta nuestras horas de trabajo, se aumentarán las vuestras.

El 15 de junio, el presidente del Consejo Británico, jefe del gobierno Supremo del Imperio Británico, que engloba más de la cuarta parte de la raza humana, se ha pronunciado de un modo definitivo en favor del aumento de las horas de trabajo y de una reducción de los salarios. Esa declaración repercutirá en todos los países.

Convencido de que contestaréis de un modo favorable a este llamado, inspirado sobre la solidaridad de los trabajadores del mundo que se esfuerzan en romper sus cadenas, les ruego acudir en nuestro auxilio mediante el envío de dinero y tomando todas las medidas necesarias, apelando, si fuera necesario, a la huelga, al boicot y a cualquier otro medio para impedir la exportación a Gran Bretaña del carbón que se envía con el fin de destrozar nuestra resistencia y reducir por el hambre a nuestros valientes mineros.

¡Viva la solidaridad internacional de la clase trabajadora!

Que su contestación evidencie esta solidaridad.

Reciban mi saludo fraternal.—A. J. COOCK, *secretario.*

Dinamismo obrero

El movimiento obrero en su incesante labor de renovación, y a medida que precipita la guerra de las clases, va haciendo insostenible para los más diversos elementos, toda situación acomodaticia que pretenda disimular los antagonismos irreductibles.

Ese movimiento obrero que no oculta las causas de su promoción, ni esquiva sus sentimientos y propósitos, por su virtud dinámica, hace que los otros grupos sociales revelen y definan, bien explícitamente, su conducta social y política.

Estos, frente a un movimiento proletario de consistencia firme, no pueden disfrazar su situación real con convencionalismos democráticos, humanitarios y parlamentaristas, porque no hay nada más antidemocrático, antihumanitarista y antiparlamentario que la acción propiamente obrera.

Esta no se desarrolla en los medios exteriores de la sociedad; no toma los aspectos derivados o aparentes de los hombres; por el contrario, va al fondo del organismo social—el mundo de la producción y del cambio,—donde se traduce en el conflicto violento y trágico de los que actúan en ese mundo en condiciones diversas y antagónicas.

De esta manera, no hay acción más trastornadora, por lo profunda y de fondo, que la del pueblo trabajador. Ella, promoviéndose en las fuentes de la vida, trasciende en sus consecuencias inmediatas y lejanas a todas las partes del cuerpo social. La sociedad, se ha dicho, está hecha a imagen de la fábrica, y no es otra cosa, —en su aspecto concreto actual—que la organizción conveniente del dominio capitalista.

La clase obrera entabla su lucha directamente contra la clase de los industriales y mercaderes, porque éstos son sus concurrentes en la producción y el cambio, y es a su favor que se halla establecida la relación de dependencia del asalariado.

Pero la clase capitalista resume e[illegible] las formas de tiranía y explotación vigente, en cuanto es la promotora del régime[illegible] perante. En su consecuencia, una lucha a muerte contra la clase capitalista, se traduce en un ataque general y simultáneo a toda la sociedad burguesa.

No se trata, pues, de un esfuerzo unilateral e incompleto. Se trata de una acción dinámica que opera un doble efecto: disolvente y creativo, tan intenso y vasto como sea en cada momento la potencialidad de esa acción.

No hay forma de parasitismo social contra la cual no se dirija el esfuerzo proletario, desde que ataca su propia fuente de vida. Ese movimiento, en efecto, se traduce en la tendencia efectiva de la masa a realizar la total eliminación de todo *sobre-trabajo* obrero. Y es a expensas de ese sobre-trabajo, que se sustentan los parasitismos sociales de cualquier especie.

Eliminar aquél es, pues, decretar la muerte de éstos.

Por eso, a medida que el movimiento obrero se afirma y crece, a medida que sus efectos dinámicos y trastornadores se intensifican, se va promoviendo el conocimiento de todos sus adversarios, es decir, de todos aquellos a quienes lesiona en sus medios o modos de existencia.

La lucha de los obreros y capitalistas, originada en el recinto de la fábrica, conservando en éstos sus focos centrales, invade todos los medios sociales. Nadie queda extraño a la suerte de esa lucha.

Provocada en la infraestructura, en el corazón de la sociedad, se proyecta en sus efectos, en sus modalidades y en su suerte final a toda la periferia de la misma. Es así como Marx ha podido decir que: «el proletariado, última capa de la sociedad actual, no puede ponerse derecho, sin que todas las otras capas superpuestas de la sociedad oficial caigan hechas pedazos.»

Pero a esa lucha de la burguesía y del proletariado, no concurren arbitrariamente y a su capricho las clases intermedias.

Los trabajadores, en su acción, tienden a realizar problemas propiamente obreros. Ellos sólo se cuidan de su suerte, porque su suerte no se concilia con la de ningún otro grupo humano. Es el único grupo humano que *produce* sus elementos de vida; y es sobre el excedente de su obra, a expensas del *sobre-trabajo* usurpado, que viven todas las otras clases, subclases, o castas de la sociedad, cualquiera sean sus formas típicas de existencia.

En tal sentido, si el movimiento obrero—como ya lo hemos dicho—se traduce en la reconquista de lo creado por la fuerza de trabajo, el aspecto negativo de ese movimiento se traduce, a su vez, en la desaparición de las demás clases con la eliminación de sus medios parasitarios de vida. Por consiguiente, todos estos elementos sociales, en la guerra de clases, deben tener inspiraciones contrarias al triunfo del proletariado.

Este sólo puede y debe contar en sí mismo. La revolución social no puede ser otra cosa que la revuelta de los productores contra toda forma de explotación y tiranía.

Y, ¡oh ironía de la historia!, esa clase social que para alcanzar su libertad debe empeñarse en guerra contra todas las otras, es el único grupo humano que, refundiendo a todos los demás en su seno, puede crear una sociedad sin clases y de hombres libres; pues es la única que no vive a expensas de los demás.

A. S. L.

El socialismo parlamentario—tanto bajo sus aspectos revolucionarios como reformistas—ha vivido de aquella ilusión de que los partidos son la expresión política de las clases, y que estos últimos encuentran en el parlamento el mecanismo depositario de sus fuerzas respectivas.

Pero la experiencia ha revelado que los partidos, lejos de ser el reflejo de las clases, son una mezcla heteróclita de elementos tomados a todas las categorías sociales, y que no hay ninguna relación entre la influencia política de los partidos socialistas y la potencia real de la clase obrera.

En efecto, el socialismo parlamentario no sólo no ha operado escisión irreductible entre el proletariado y la burguesía, pero, al contrario, se ha convertido en uno de los factores constitutivos del Estado y uno de los agentes de «la acción solidarista» de la democracia.—H. LAGARDELLE.

EL SINDICATO

Contingencias del desarrollo histórico de la producción, han originado la formación del proletariado, la formación de un nuevo grupo social con caracteres propios, con psicología propia, grupo que tiene por misión realizar una profunda renovación de la vida humana, una completa transformación de las relaciones burguesas, y substituir, en el curso del proceso de la economía, con nuevos elementos de vida, al viejo edificio económico, político, filosófico y literario de la sociedad contemporánea.

Surge el movimiento obrero allí donde impera la explotación burguesa. Es su inevitable consecuencia. Donde exista un capitalismo desarrollado, la organización obrera es más potente. El sistema de explotación, con la subordinación en que coloca a la población obrera, tiene forzosamente que acarrear por resultado la organización de la población subordinada, a objeto de impedir que la avaricia capitalista haga estragos sobre ella. La condición normal de la vida de los trabajadores, que no puede ser otra que la de la ignorancia, el pauperismo y la degradación física y moral, proporcionada por el sistema de la propiedad capitalista, impulsa al fin a buscar las armas con que conservar la propia existencia, y hétenos aquí que, por las leyes inexorables de la conservación orgánica, los trabajadores forman núcleos poderosos que al igual que las diminutas gotas de agua forman los ríos, y el conjunto de ríos forman los mares, así, las pequeñas e imperceptibles energías de los pocos que se atreven a levantar cabeza contra sus explotadores, forman nuestras pequeñas sociedades sindicales, y estas sociedades, a su vez, concentran sus fuerzas en un organismo local, luego nacional, internacional más tarde, al punto de llegar a moverse en todo el mundo un proletariado organizado, que tiene una misma bandera roja, una misma aspiración, y que muévese uniformemente a impulsos de sentimientos comunes.

Sí; el sindicato obrero es la agrupación por excelencia que reune en su seno a todos los desheredados de la fortuna, y que tiene por misión uniformar, coordinar y dirigir la acción que surja de las energías obreras, contra aquellas instituciones vinculadas a la clase dominante.

Históricamente considerado, el sindicato se presenta como factor de una nueva sociedad basada en la igualdad de las condiciones económicas; es, al decir de Sorel, la « sociedad futura en miniatura ».

Los principios de una nueva moral, de una nueva manera de vivir, de una fraternidad real, superiores a la moral, a la vida, a la fraternidad burguesas, tienen sus bases en el sindicato obrero, donde los explotados estrechan los lazos de la solidaridad, del compañerismo, y por el roce continuo, establecen esa armonía mutua que es símbolo de comunidad de sentimientos e intereses. Desaparece en ese conjunto de hombres todo el tutelaje burgués, toda la jerga judáica de los seres egoístas, de los que miden por las cifras el valor de las cosas y de los hombres, de los que todo lo observan por el crisol del dinero. La suprema voz del sindicato, *el todo para uno y uno para todos* que él sostiene, es el grito más profundamente humano que puede esculpirse. El sindicato es el plantel de una nueva humanidad.

Los elementos constitutivos de la acción de clase de este grupo social que nace a la vida son la huelga—general y parcial—el boycott, el sabotage, la cooperación obrera, elementos que tienen practicabilidad, merced al sindicato que pone en comunicación y en movimiento a los trabajadores.

Y estos elementos de la acción obrera se forman naturalmente en el ambiente en que se desenvuelven las fuerzas antagónicas, y que tienen ante todo, la virtud de ser específicamente revolucionarios.

En el ejercicio uniforme y hábil de esos elementos, con la práctica inteligente de la acción directa, resumen de las energías proletarias, podremos los trabajadores elaborar la posibilidad de una redención inmediata, acelerar el momento de nuestra emancipación y afirmar ante el mundo la existencia de una nueva clase social que se levanta desde los « bajos fondos sociales », que persigue con denuedo la abolición de todos los privilegios de clase, de todas las castas, de todas las diferenciaciones sociales, sacudiendo los escombros de la vieja sociedad capitalista que entra en su ocaso al empuje gigantesco del proletariado organizado!

Un enérgico pensamiento de *La Internacional*, aquella poderosa asociación que en otrora pusiera en jaque a la clase gobernante decía: « Nosotros fabricamos los palacios; nosotros tejemos las más preciosas telas; nosotros apacentamos los rebaños; nosotros labramos la tierra, extraemos de sus entrañas los metales; levantamos sobre los caudalosos ríos puentes gigantescos de hierro y de piedra; dividimos las montañas; juntamos los mares; construímos y movemos los ferrocarriles. » Y ya que es así realmente, ya que nosotros—digo yo—somos el eje de la vida, debemos ser también los que pongan a la disposición común todas esas obras, fruto de nuestras actividades, todas esas obras que han costado sangre y vida de los nuestros, sangre y vida de irredentos, de esclavos modernos.

E. B. U.

LOS "SEÑORES" DE ANTES Y LOS DE AHORA

Las guerras nacionales, las guerras civiles y sobre todo la guerra social que llena el mundo capitalista, la gran lucha entre capitalistas y trabajadores, han demostrado, con sus hechos irrefutables, que el ejército, esa institución que se nos ha enseñado a considerar desde niños como el brazo defensor de la patria, de todos los habitantes de una nación, es una institución que interviene en defensa y protección de la organización e intereses capitalistas, de las conveniencias de un grupo social. Y además, se ha puesto en evidencia la diferencia profunda en la manera de reclutar los soldados y de defender los privilegios, entre el presente y el pasado.

En épocas pasadas los « Señores » defendían personalmente sus propiedades, privilegios y dominios, exponiéndose físicamente. *Ellos mismos hacían la guerra.* Dando y recibiendo golpes, hacían la guardia a sus cajas, a sus castillos y todas las demás cosas de su pertenencia. Y cuando agredían a alguno, desvalijaban a los viajeros, desvastaban una comarca o despojaban a algún vecino, *ellos mismos* dirigían el ataque y compartían los riesgos del combate. Los soldados de ese entonces eran mercenarios, individuos a quienes se les pagaba por el trabajo de pelear.

Cuando los habitantes de una comuna o burgo, cansados de los abusos de algún « Señor », se rebelaban, rehusando pagar impuestos y otras gabelas, y se apoderaban del manejo administrativo decretando la abolición de los gravámenes que pesaban sobre ellos, entonces era el noble, el « Señor » mismo que, a la cabeza de sus mercenarios, marchaba sobre la comuna sublevada para someterla.

El « Señor » defendía la comarca. El « Señor » conquistaba territorios. El « Señor » defendía sus privilegios, sus propiedades, él mismo, personalmente, o pagaba a soldados de oficio.

Después del advenimiento del sistema capitalista se ha instituído el ejército *permanente*, que es quien hace la guerra, tanto ofensiva como defensiva, que conquista tierras, y somete a los rebeldes.

El « Señor » moderno, el dueño de las tierras, de las fábricas y talleres, casas y ferrocarriles, el burgués, no se pone a la cabeza de las tropas y personalmente no corre los riesgos de la lucha. No es él, quien a semejanza de los antiguos « Señores » se pone en el camino a efectuar con desalmada audacia sus rapiñas sobre los viajantes; ni cae sobre las comunas sublevadas a someterlas por medio de su personal violencia. Ha encontrado un medio más cómodo y fácil, y sobre todo más provechoso, para la defensa de sus propiedades y privilegios.

Se ha instituído el ejército permanente, formado con los hijos del pueblo obrero, a quienes no se les paga como a los mercenarios. El « Señor » moderno se hace defender gratis. Y se ha hallado el modo de tener una defensa permanente, que manejada por los militares de profesión, les ahorra a los « Señores » de ahora, primero el exponerse ellos mismos a los riesgos nada agradables de la lucha; y luego, les facilita tiempo para realizar sus negocios, explotar en los lugares de la producción, realizar especulaciones, comerciar, manejando con ahinco y pasión el capital y los brazos obreros.

De este modo, los « Señores » de ahora tienen quienes les defienden.

Cuando los súbditos de los « Señores », los asalariados, se sublevan, se niegan a pagar el impuesto moderno, es decir, que se declaran en huelga, no queriendo seguir produciendo en determinadas condiciones sino en otras más ventajosas y convenientes, los « Señores » de ahora no marchan, a semejanza de los « Señores » de antes, sobre los sublevados, a objeto de someterles. Ellos ordenan a sus guardianes, policía, ejército, magistratura, etc., que custodien sus propiedades. Y llegado el conflicto a una mayor agudeza, hacen poner en ejercicio todo género de violencia, con tal de obtener la sumisión de los rebeldes. Ellos no corren personalmente los riesgos de la lucha. Su habilidad y su perspicacia ha sido tal que han encontrado el modo de hacerse defender con los hijos de los mismos rebeldes, al instituir el ejército permanente.

El beneficio y el goce de las rapiñas que realizan los « Señores » de ahora, ya sean sobre otras naciones o sobre los mismos compatriotas en el campo de la producción y del consumo, les es asegurado, no por el valor y defensa personal, sino por el valor, el esfuerzo y la fuerza de los hijos del pueblo obrero que forman el ejército permanente.

La defensa de los privilegios y propiedades de los « Señores » de ahora, es sin riesgos para sus personas. ¡Es el summun de la habilidad!

Los conflictos cada vez más agudos entre burguesía y trabajadores, ponen de manifiesto, y en evidencia la manera de defenderse de los « Señores » de ahora y el rol de defensores gratis del privilegio burgués, de los obreros.

La masa obrera, enceguecida por la mentira patriótica, y careciendo del conocimiento de su interés de clase, da los brazos que han de servir a la defensa del Estado, la fuerza organizada de los « Señores » de ahora.

Las organizaciones obreras, siguiendo su obra de educación y emancipación social, están en el deber y en la necesidad de realizar toda una propaganda que infunda en el ánimo de los jóvenes obreros la mayor adversión y el más profundo odio a la función de guardián de los privilegios de los « Señores » de ahora, y la mayor repulsión por el rol de perros que les hace desempeñar el capitalismo frente a la rebelión continua de los productores en lucha contra la dominación burguesa.

Desarrollar la voluntad de no querer ser defensor, ni gratis ni remunerado, de los intereses de una clase que vive del privilegio y de la explotación, ese es el objetivo de toda la organización obrera bien inspirada en su interés de clase.

Cuando esa voluntad sea un hecho, entonces los « Señores » de ahora, si quieren mantener su dominio, se verán obligados a confiar la defensa en sus mismas personas. Pero el dominio burgués, ya habrá terminado, porque la voluntad obrera será tan poderosa que con ponerse en acción aniquilará para siempre toda organización autoritaria y coercitiva, en el mundo de la producción y en la vida social.

Oscar PETRARCA.

La misión de cuantos anhelen ir a la conquista de un mundo mejor, animados del ideal de la justicia y la verdad, es bien distinta de esa otra cavernaria que algunos extraviados conciben: consiste en denunciar la irracionalidad del principio autoritario y del espíritu jacobino, en desarraigar prejuicios anacrónicos, en emancipar conciencias, en libertarse moralmente a sí mismo, en capacitar a las masas por la actuación colectiva, en invadir, cada vez más intensa y ampliamente, con esa actuación las zonas de acción social hasta hoy usufructuadas por el privilegio, en acumular incesantemente los materiales de substitución del régimen capitalista. —E. QUINTANILLA.

La « ganancia » regula todas nuestras relaciones sociales; ella las hizo convertirse en cuestiones de lucro y creó en cada uno de nosotros una mentalidad particular: la mentalidad capitalista.

El Dios dinero ha tocado a sus criaturas con su varita dorada y transformó a los individuos en sagaces calculadores y en fríos egoístas. Ha arrancado todas las vegetaciones lujuriantes del altruísmo y de la solidaridad para no dejar sino las malas hierbas del personalismo extremado.

Todo es materia de tráfico: el sufragio del elector, el concurso de los ministros, los descubrimientos del investigador, las ideas del pensador, la belleza de la mujer, la virginidad de la inocencia. Todo está medido por « lo que deja », y jamás las palabras de Guizot: « enriqueceos por todos los medios posibles », fueron tan corrientes como a la hora presente.—SIMPLICE.

LA GUERRA

La humanidad se complace en ser estúpida y en mostrarlo estrepitosamente. Ha usado de variados recursos desde el papiro hasta el papel impreso y desde los sistemas teocráticos hasta la forma representativa de gobierno; pero nada señala mejor la miseria intelectual de la especie humana que la sucesión continua de guerras de que se compone su historia y el respeto que inspiran a través de las generaciones, en anales escritos por personas o entidades interesadas en desvirtuar la verdad, los hombres cuya sola virtud consistió en matar a otros, sin darse en muchas ocasiones cuenta de los motivos a que obedecía la matanza. La historia está llena de héroes, la mayor parte de los cuales habrían tenido vergüenza de sí mismos al ejercitar la acción heroica, si en ese momento hubiera caído sobre ellos la luz del conocimiento. El hombre nacido y educado para la guerra enajena parte de sus potencias intelectivas al aceptar la condición en que le pone el imperialismo de nuestros días, el odio de razas enconado por publicaciones criminales y por gobiernos sin conciencia; pero la guerra efectiva, la necesidad de defenderse de un enemigo provocado o inconsciente, anula toda capacidad de raciocinio, y la estupidez, sin dejar de ser criminal, se torna ridícula.

En la inútil carnicería empeñada en 1914 por gobiernos que no tenían en verdad enemistad ninguna los unos contra los otros y que inventaron la guerra para desviar las corrientes de reivindicación popular; en la degollina de 1914, digo, los aliados se quejaban amargamente de que Alemania apoyase a Turquía en sus degollaciones de armenios indefensos. Toda la Europa y toda la América que estaban en armas contra Alemania o que simpatizaban con los aliados contaban, entre sollozos y frases de reprobación, caldeadas por el fuego cristiano, el número de armenios pacíficos pasados a cuchillo por el turco, enemigo tradicional de la civilización. Los diarios ingleses y franceses que daban cuenta de estas atrocidades imputables al carnicero osmanlí, relataban en sus mismas ediciones, con maligna complacencia y sin percatarse de la monstruosa contradicción, que una flotilla de aeroplanos equipada por los aliados había escogido la procesión del Corpus en la ciudad católica de Carlsruhe para dejar caer bombas sobre los inermes devotos, y matar mujeres, ancianos, niños, hombres fuera de combate, en el día más solemne de la confesión católica. Los alemanes, de su lado, se quejaban de estas barbaridades y para probar que en capacidad destructora y en intensidad de odio no les iban en zaga a los aliados, meditaron un momento sobre la manera de causar consternación y mantener vivos los odios de raza matando gentes inermes en Inglaterra. Destruir templos ingleses o bombardearlos era labor inútil, porque la concurrencia es allí escasa. Además de eso, se corría el peligro de hacerle un favor a la comunidad destruyendo en Londres templos que merecen ser destruídos y que el tradicionalismo y la superstición no han dejado demoler todavía.

Algún psicólogo alemán de excepcional penetración, descubrió que en Inglaterra la religión cristiana y sus ritos, modestos o suntuosos, según la secta, habían sido reemplazados por la superstición del sport y por los ejercicios físicos. Atacar la religión en Inglaterra o desacreditarla o burlarse de sus fieles no lastima el sentimiento público. En Hyde Park hay semanalmente oradores encargados de probar históricamente o por medio del simple raciocinio que, como decía Gibbons, « para los ignorantes todas las religiones son verdaderas, para los gobiernos todas son útiles y para el sabio todas son falsas. » De modo que para vengar la injuria de Carlsruhe no era competente destruir las iglesias, sino atentar contra el sport. Con ese fin, 25 aeroplanos vinieron a Londres en un luminoso día sábado de septiembre, en 1917, a dejar caer bombas sobre los empleados públicos, sobre la burocracia financiera y bancaria que esperaba en la estación de Liverpool Street los trenes que habían de llevarla a las canchas de tennis, a las carreras de fin de semana, a los clubs de golf y de football a cumplir religiosamente con los deberes de oficiante convencido o de espectador reverente. Y la multitud que se perdía en las callejuelas de la City, atronadas las orejas con el ruido de las detonaciones, y oprimido el corazón con la expectativa de una muerte posible, no se acordaba de que en Carlsruhe habían sido sacrificados sin misericordia los fieles de un rito más antiguo, pero, en sentir de los fugitivos, no más verdadero. Tampoco le ocurrió a nadie pensar que las matanzas de armenios en Oriente pudieran compararse con el sacrificio de gentes indefensas en Europa. Los turcos alegaban diferencia de credo y los aliados y alemanes profesaban la misma religión.

La razón no iluminaba ni a unos ni a otros para hacerles sentir la inutilidad de la carnicería; la estupidez de los odios raciales; la

enorme desproporción entre los esfuerzos que exige una guerra y los resultados que suele obtener el vencedor. Hoy mismo, después de que la experiencia ha probado a vencedores y vencidos que la guerra es la bancarrota material y moral de las naciones beligerantes, los antiguos predicadores del desastre continúan en el uso de la palabra, recomendando la prudencia del que vive armado, con el fusil al brazo, la pólvora seca y el guante de acero pulido en la diestra amenazante. Los romanos, pueblo conquistador, nación de soldados y juristas, idearon el pasaje de Jano. Consideraban la guerra como una penosa necesidad y honraban al magistrado que sabía mantener cerradas las puertas de aquella galería. Los estadistas del siglo XX insisten en considerar la guerra como una necesidad para la cual es preciso vivir preparados de día y de noche. Antes de 1914 había quien sostuviese que la guerra era una necesidad biológica de la especie humana. Más prácticos o más mezquinos, otros sostenían que la guerra era un negocio excelente y ponían como ejemplo las tres campañas predatorias de Bismarck.

Que sea una necesidad biológica, no es sostenible ya ni del punto de vista de la zoología antediluviana; que sea un negocio, apenas habrá quien se atreva a creerlo en Francia, en Alemania, en Rusia; que es una positiva calamidad, lo reconocen trescientos millones de víctimas. Sin embargo, no faltan quienes esperan en la guerra para la satisfacción de ambiciones personales. Son los eternos enemigos del género humano.

B. SANIN CANO.

¡Caridad!

La recta y ancha calle se encuentra intran-
(sitable;
heterogéneas voces saturan el ambiente;
se cruza gente noble con gente miserable;
la miseria y el oro se miran frente a frente.

Es un barrio elegante de gente poderosa
—de esta gente enviciada, frívola, mercenaria—
y en el centro se eleva una Iglesia grandiosa
donde acuden los fieles a elevar su plegaria.

En el atrio del templo, miserables ancianos
y andrajosas mujeres tiritantes de frío,
con humildad imploran: — ¡Una limosna, her-
(manos...!
—¡Tened misericordia de este pobre hijo mío..!

Un «auto» corre ráudo por la calle asfaltada
y eleva hacia el espacio un ruido estrepitoso;
después se para enfrente de la casa sagrada
y desciende una dama de rostro esplendoroso.

La elegante es hermosa; su línea venusiana
y aquellas níveas carnes, sólo dignas de Diosas,
son la beldad más pura, son la belleza humana
que se creó en la vida, entre mirtos y rosas.

En su cuello de cisne, ceñido bellamente
lleva un collar de perlas, de asombrosa riqueza
y en el centro un brillante de una luz refulgente
que hace a aquel bello rostro adquirir más be-
(lleza.

Al verla los mendigos, su lamento implorante
reanudan nuevamente:—¡Una limosna herma-
(nos...!
Y la santa señora, con un gesto elegante,
introduce en su bolso sus enguantadas manos...

Mas al ver tanto andrajo que le arrojan
(agravios;
al ver un pequeñuelo tan pálido y tan frío,
un gesto de repulsa se esconde entre sus labios
y exclama descompuesta: — ¡Puaf, qué asco,
(Dios mío...!

Retrocede unos pasos, y ya lejos de ellos,
extrae unas monedas que arroja con enojos,
las arrojan sus dedos tan lindos y tan bellos
a los pies de los pobres, cual si arrojara
(abrojos.

Después pasa a la Iglesia con altivez de
(Diosa,
dejando unos perfumes de rosas y de lirios...
— Caridad es de Cristo, — dice la dama her-
(mosa—
y por Cristo me impongo todos estos marti-
(rios...

DONATO SIGRAYA.

BOICOT

al diario calumniador

"La Vanguardia"

EL EPÍLOGO DE UNA CAMPAÑA "MORALIZADORA"

Se recordará que una vez comprobado el carácter calumnioso de las acusaciones hechas por la C. A. de los Obreros en Calzado, conjuntamente con la de la Industria Metalúrgica, contra varios militantes de nuestro sindicato, éste se negó a tomar parte en el segundo congreso de la U. S. A., por entender que no podía participar en un acto en el que estuviesen representados los sindicatos calumniadores.

Considerada la actitud de nuestro sindicato por el congreso, éste resolvió declarar que las acusaciones no habían sido probadas en el acto realizado al efecto, y que por consiguiente, se trataba de calumnias propias de irresponsables, vertidas contra honestos militantes. Finalmente, el congreso pedía a las entidades calumniadoras que procediesen a una retractación.

La delegación de los Metalúrgicos reconoció, en el mismo congreso, que, en efecto, la C. A. de su sindicato había calumniado a nuestros militantes; en cuanto a la de O. en Calzado, manifestó que la actitud de la C. A. de su sindicato estaba pendiente de una asamblea que en breve se efectuaría, y que, de su parte,, carecía de facultades para pronunciarse al respecto.

Por fin, el 20 de junio, el S. de O. en Calzado, realizó la asamblea que debía juzgar la actitud de su Comisión, llegando a la conclusión contenida en esta nota remitida al Comité Central de la U. S. A.:

« La C. A., al intervenir en la clarificación de asuntos que por su naturaleza competen a su radio de acción, puesto que ellos se producen dentro del marco de las actividades sindicales con los caracteres de disgregación y relajamiento colectivos, importa, asimismo, evidenciar las causas que han determinado la existencia de malos procedimientos atentatorios a la buena reputación de todos aquellos que actúan en la vida de los organismos de clase.

» Que la C. A., al intervenir en las investigaciones de saber si con Francisco Docal Méndez se hallaban vinculadas personas de responsabilidad sindical, no lo ha hecho con el fin de ahondar la discordia en las filas proletarias, menoscabando su propio prestigio, sino que, por el contrario, ha sido tomada en salvaguardia de posible intromisión en las cosas de la organización obrera de elementos cuya procedencia es dañina para los intereses de los trabajadores.

» Que la C. A., al participar en ese desgraciado asunto, ha tenido como punto de vista acelerar el proceso de saneamiento moral de las personas que, por su investidura, se hallan al frente de instituciones proletarias para curarlas de la ponzoña que corroe sus organismos básicos.

» Por lo tanto, resuelve:

» Comunicar al C. C. de la U. S. A. que en el asunto Mársico, la C. A. reconoce haber procedido con apresuramientos de calificativos contra aquél y los que intervinieron en el llamado Docal Méndez, cuyo personaje ha perjudicado intereses vitales de algunos sindicatos adheridos a la U. S. A. »

En la extraña nota precedente, se advierte que el pedido de retractación hecho por el congreso no fué tenido en cuenta para nada.

Retractarse significa retirar una acusación, y el S. de O. en Calzado no retira la que hiciera su C. A. contra el secretario de nuestro sindicato y los otros militantes, a los que consideró como agentes patronales. Sólo reconoce que hubo *apresuramiento de calificativos*, concepto de oportunidad que no altera en lo más mínimo el fondo de la acusación.

Los zapateros están dominados por un infantil amor propio. Es éste el que los conduce a solidarizarse con la Comisión en un hecho que el congreso de la Unión Sindical Argentina conceptuó propio de irresponsables, término que no por ser severo deja de ser justo. Es por ese amor propio que se colocan en situación peor, pues si la negativa a la retractación puede significar la verosimilitud de la acusación, la actitud pasiva y de conformidad de los zapateros como miembros de la U. S. A. permite suponer que ellos se avienen, sin mayor disgusto, a convivir con los elementos patronales que ellos mismos descubrieron y señalaron a la opinión proletaria. Ya en tal situación, los canallas no son los « perros » sino quienes los toleran.

Por ese torpe amor propio « de no dar el brazo a torcer », el S. de O. en Calzado admite que su C. A. se erija en tribunal de militantes obreros pertenecientes a otros sindicatos—tribunal más inicuo que el de la Inquisición, puesto que actúa secretamente y falla sin que de su causa tenga conocimiento el acusado, lo que equivale a privarlo de toda defensa—sin caer en la cuenta que el hecho puede servir de precedente para que la C. A. de otro sindicato se arrogue la facultad de juzgar a los zapateros y hacerlos pasar a todos por agentes del capitalismo mediante las mismas « pruebas » por las cuales su Comisión acusó del mismo delito a militantes de otra organización; lo que por fortuna no ocurrirá, pues nos resistimos a pensar que haya entidades obreras que renuncien a ciertos escrúpulos, tales como el de reconocer en sus congéneres el derecho de juzgar a sus propios miembros en forma más leal y honesta que la adoptada por los zapateros en el hecho que comentamos.

Pero es de notar que el método del « juicio sumarísimo » que hiciera a nuestros militantes —con exclusión de su presencia, para no atender defensa—a la Comisión de los zapateros no le parece lógico, ni justo, ni ecuánime, cuando ella es la acusada. En este caso, la parte tiene derecho a convertirse en juez, que es lo que hizo la Comisión de los zapateros en el juicio que le siguió el sindicato por sus acusaciones. La Comisión acusada fué quien dió el informe a la asamblea acerca de su actuación, y fué la misma Comisión la que propuso el « castigo » a dársele, que no es otro que el contenido en la nota transcripta.

En realidad, con tal procedimiento, frente a una asamblea que no se caracteriza por su espíritu analítico, es como para esperar cosas peores. No se produjeron, porque la C. A. consiste, en su mayoría, en un conjunto de adocenados, que ni siquiera tuvo la capacidad necesaria para sacar mejor partido de la situación. De no mediar esta circunstancia, el santoral comunista contaría hoy con dos santos más, por lo menos: San Oriolo, inspirador de una feliz pesquisa, y San Teófilo González, esforzado ejecutor de las órdenes de aquél y modelo de juez proletario. La asamblea de zapateros que intervino en el asunto estaba animada de muy buena voluntad hacia su C. A. y era capaz de llegar a todo eso... y quizá a mucho más.

Hay una nota de ironía en la resolución de los zapateros. Es la parte de « saneamiento moral » que se adjudican al explicar su intervención en el descubrimiento de temibles agentes capitalistas.

El principal agente « moralizador » que ahí intervino, es el sujeto Cayetano Oriolo, excluído de la organización obrera por agente comprobado del capitalismo. Fué él quien concibió el plan « moralizador », y desde la secretaría sindical de los zapateros, unas veces, y desde la de los metalúrgicos otras, dirigió las operaciones de saneamiento sindical, en las que fué su principal instrumento el secretario de los zapateros.

Admitida tácitamente la dirección de un pesquisa, reflejada en el secretario del sindicato, sólo le faltó a los zapateros reconocer públicamente el interés moralizador de semejante sujeto, dándole, además, las gracias por sus servicios profilácticos.

OTRO MORALIZADOR

En una de las asambleas de los Obreros en Calzado—si mal no recordamos fué en la que precedió al congreso de la U. S. A.—el asambleísta Carlos Cesana se ocupó de algunos militantes de la Industria del Mueble, a objeto de señalarlos como vagos.

Según Cesana, entre esos vagos figuran Cuomo, Ibáñez, Silvetti...

Seguramente, Cesana ha confundido a nuestro sindicato con la Federación Gráfica, para ser socio de la cual no es indispensable ejercer la profesión de gráfico.

Ser militante de la Industria del Mueble indica, precisamente, la condición de trabajador de esa misma industria. De otro modo no se puede ser militante en nuestro sindicato, dado que él excluye de su seno a las personas que ejercen un oficio extraño a la industria del mueble, o que no ejercen ninguno.

Con respecto a los compañeros que merecieron el honor de los ataques de Cesana, torpe instrumento del partido Socialista, estamos en condiciones de poder afirmar que el considerado más vago de ellos es muy posible que tenga más años de trabajo que el trabajador Cesana.

No tenemos, en esta oportunidad, interés en discutir si el ser trabajador constituye una virtud, pero esa condición de trabajadores en nuestros compañeros es innegable, y ella nos da la autoridad necesaria para señalar en Cesana a un mentiroso y charlatán.

En una asamblea posterior, Cesana volvió a repetir sus ataques a nuestros compañeros, acusando al secretario de nuestro sindicato de mantener amistad con los caudillos del radicalismo.

La declaración de las relaciones de nuestro sindicato con políticos oficialistas nos sorprende, por ser hecha en tono acusativo. Esas relaciones debieran constituir para Cesana un motivo de regocijo, por cuanto ellas identificarían a un adversario con los caudillos del partido Socialista, por los cuales se le cae la baba de admiración al socialista Cesana.

Las amistades de los jefes y jefecillos del partido Socialista con los dirigentes del oficialismo son notorias, por declaraciones de los mismos socialistas. Por la puja a quien estrecha más esas amistades sufre el partido Socialista las consecuencias de un sinnúmero de trifulcas. Claro está que Cesana no se encuentra en el caso de esas amistades; pero eso se lo debe a su condición de desgraciado, pues dentro del partido Socialista el papel más significativo a su cargo es el de pegar carteles en los períodos electorales. Y las relaciones con los dirigentes radicales son de exclusividad de los jefes y jefecillos del partido, dentro del cual Cesana es un pisoteado escabel.

Esas relaciones radicalsocialistas son de tal naturaleza que rinden provecho personal a sus cultores y repercuten hondamente en el desarrollo del partido Socialista y en las relaciones de sus jefes con los desgraciados afiliados del tipo Cesana.

El dolor de las pateaduras recibidas por los socialistas sanjuaninos durante la gobernación de Cantoni, no logró conmover al diputado Pena—en una ocasión que estuvo en San Juan—quien prefirió andar de francachela en los autos oficiales, permaneciendo sordo durante todo el tiempo de su estada en dicha provincia, a los clamores de sus correligionarios. ¡Eso se llama ser fiel a la amistad con los radicales!

El diputado Pérez Leirós disfruta del mote de *Carnavalesco*, a consecuencia de unas gestiones que realizó ante sus amigos los dirigentes radicales de la Comuna de la capital para realizar un corso carnavalesco en determinado barrio del municipio.

Este mismo diputado es quien usa los calzoncillos de la marca recomendada por el ministro de Marina, hecho que pone de relieve la naturaleza de esa amistad y el interés de un ministro del gabinete radical por que el « diputado obrero » mantenga el culo caliente en la estación de invierno.

Podíamos seguir enumerando hechos y señalando nombres en apoyo de nuestro aserto, pero nos abstenemos, en atención al espacio y para no dejar en ridículo al pobre Cesana.

No tendría, pues, nada de particular que nuestro secretario fuera amigo de los dirigentes radicales, y así debía entenderlo quien admite que puedan mantener con ellos relaciones de la índole indicada sus correligionarios.

Sin embargo, Cesana señala el hecho con voz campanuda e iracunda, lo que da a entender que en materia de amistad con los políticos que dirigen el país, los socialistas aspiran a crear un monopolio.

Pero la verdad es que en esto de las relaciones de nuestro secretario con los dirigentes radicales, Cesana ha mentido como en el otro caso de los vagos.

Tenía derecho a morirse

Vivía el bueno de don José en una casa fea, vieja y destartalada, que era un museo de incomodidades y trinchera de la insalubridad y baluarte de la miseria. El pavimento era de esas baldosas de que se extrae la materia prima para el pimentón y el chocolate. No le daba el sol en todo el día, ni había esperanza de que le diera por la noche. Andaba de luz como laboratorio de fotógrafo. El fogón de la cocina, movido a soplillo, echaba más chispas que un mitin de afiladores. Tenía un retrete de los tiempos de la Gloriosa, de ladrillo macizo, como lo requerían aquellos hombres de carácter; sobre una fuerte tarima tenía un redondel, negro como boca de lobo o como eclipse total de sol, que se cubría con una tapa, más gruesa que portilla de camarote, con un asidero redondo que la hacía parecer una de esas gorras con borla que usan los marineros de algunos países. El papel de las paredes tenía más despellejaduras que una cartelera de teatros en enero; y es que la tal casa se parecía a una península en que era húmeda por todas partes, menos por una: el grifo de la cocina, que siempre estaba seco o, cuando más, con una menguada destilación, como nariz de chico constipado. Las cucarachas tenían esa gracia, que tanto se pondera en los pajarillos, de venir a comer a la mano. Y si ésta era la casa, no era mejor la calle; no tenía alumbrado, ni bocas de riego, ni otro pavimento que el polvo de cien mil generaciones. Tenía, eso sí, alguna que otra boca de alcantarilla, por donde subía el hedor central de la tierra con mucha más constancia que por el Vesubio.

Bueno; pues un día se presentó un albañil en la casa, pidió permiso para pasar al balcón, y ayudado por unos colegas suyos, que habían montado en la calle un pequeño andamiaje, pu-

so en la fachada, entre los dos balcones de don José, una lápida conmemorativa, en la que dicho inquilino, antes de que la taparan con un trapo, pudo leer esta inscripción:

« A la memoria de
M. AGUADO LAFIESTA,
el Ayuntamiento de esta Villa
en testimonio de gratitud »

No sabía don José quién había sido aquel antecesor suyo; pero, desde luego, se sintió cohibido y perdió la libertad que antes tenía de salir al balcón en mangas de camisa cuando el calor apretaba.

Pocos días más tarde se presentó ante la casa la Banda Municipal. Llegaron varios automóviles, después de penosa navegación sobre el oleaje de baches, y de ellos descendieron unos señores de chistera tipo Remington, que mostraban muchas atenciones a otro señor envuelto en una levita ribeteada, que acaso sirvió para pedir la mano de una damisela de miriñaque. Este señor desempeñaba muy bien el papel de pariente de personaje fallecido.

Cuando la banda dejó que todos sus ruidos salieran de estampía, surgieron algunas parejas irreverentes, que se pusieron a bailar, como si se tratara de la inauguración de una taberna. En el primer punto y aparte de la música, un concejal leyó una poesía que duró una hora, no una hora de sesenta minutos vulgares, sino una hora de fin de mes, cuando uno pregunta si ha venido ya el habilitado.

Después, un caballero, que debía ser el alcalde, hizo grandes elogios de M. Aguado Lafiesta y tiró de la cuerda dispuesta para descorrer la cortina. No funcionó el lazo corredizo, y el alcalde tuvo que colgarse de la cuerda con las dos manos. Algunos vecinos del entresuelo de la casa hicieron ademán de tenderle la mano, creyendo que pretendía trepar hasta la lápida.

Durante la tierna ceremonia no pudo don José atrapar una sola palabra que le diera la clave de los méritos contraídos por su predecesor, y no sin lógica acabó por aferrarse a la idea de que el Ayuntamiento, que no hace nada por resolver el problema de la vivienda, dedicaba aquel homenaje « al inquilino desconocido », por el simple hecho de haber vivido y muerto sin protesta, en aras del bien social, en aquel chamizo indecente. Y antes de que se disolviera la reunión pidió la palabra a grandes voces para adherirse a aquella manifestación, porque él, más que nadie, se daba cuenta del mérito del inquilino fallecido.

Después, sintiendo el prurito de la inmortalidad que a todos nos acucia, dirigió al alcalde este sentido ruego:

« Que así como en ciertos monumentos conmemorativos—como el de los aviadores que mueren en actos de servicio—se ha dejado espacio bastante para ir añadiendo nombres de las sucesivas víctimas, se dejara también en las lápidas que honran la memoria de los vecinos que viven y mueren en determinadas casas sitio suficiente para añadir los nombres de otros desgraciados. »

Lo tomaron por loco y se marcharon sin hacerle caso.

RAMIRO MERINO.

LA TORPE INSINUACIÓN DE "EL OBRERO GRÁFICO"

A propósito del congreso último de la Unión Sindical Argentina, y con el fin de enlodar a la institución central de que forma parte, el periódico de la Federación Gráfica Bonaerense ha publicado un editorial donde se alude a nuestro sindicato.

La alusión expresa, en cierto modo, solidaridad con las acusaciones vertidas por las comisiones de dos sindicatos contra nuestros militantes, ya que se refiere a la resolución del congreso, que proclamó la inconsistencia de las acusaciones, y ella está contenida en el irónico adjetivo de « angelitos », del que hace uso al ocuparse de los militantes de la I. del Mueble.

La falta de honestidad en la conducta de la Comisión, bajo cuya responsabilidad inmediata se edita el periódico de la Federación Gráfica, se pone de manifiesto con la cita de estos hechos:

Cuando el diario calumniador *La Vanguardia* inició su campaña contra nuestros militantes, la Comisión de nuestro sindicato declaró que no podía tener en cuenta acusaciones de órganos de opinión carentes de responsabilidad, pero que se haría eco de las que fuesen formuladas por entidades obreras adheridas a la U. S. A.

Fuera de las acusaciones de las comisiones de Zapateros y Metalúrgicos, cuyo ridículo epílogo todos conocemos, nadie ha formulado ninguna acusación. ¿Por qué no aprovecharon esa oportunidad los politicantes de la comisión gráfica para acusar, como se lo mereciesen, a los « angelitos » de la Industria del Mueble?

Porque los militantes de la Industria del Mueble, sin ser « angelitos »—sinónimo de zanahoria, que le cuadra mejor al secretario de la Gráfica, posiblemente autor de ese artículo—no ofrecían en su actuación ningún hecho que permitiese a los socialistas que dirigen con fines electorales la Federación, formular una acusación de la que pudiesen salir mejor parados que el zapatero González de las suyas.

El botarate Casaretto, segundo autor del «Facundo", de Sarmiento, iniciador de las acusaciones calumniosas en el diario *La Vanguardia*, que sostuvo en la misma la « indesmentible » seriedad y responsabilidad de la parte acusadora y de los elementos comprobatorios de las acusaciones, estimó más conveniente permanecer en *La Vanguardia* sosteniendo la acusación a base de las « pruebas » aducidas por la burda tramoya que inventó un pesquisa, que hacerlas valer ante la Industria del Mueble, con el derecho que ésta le reconocería como afiliado a la Federación Gráfica.

¡Tan serias eran sus acusaciones y tan firme la convicción sobre la verdad de lo que afirmaba como redactor de movimiento obrero en *La Vanguardia*.

¡Y es ahora que nos viene el periódico de la Gráfica con su torpe suspicacia! Indudablemente, el autor y los responsables de ese artículo no tienen noción del ridículo, como no la tiene el socialista Casaretto al reprocharle al secretario de la U. S. A. el supuesto uso de más de un nombre, fenómeno incomprensible para un tipo como él, que usa uno solo hasta cuando copia a Sarmiento.

De la honestidad de sus propósitos el mismo artículo del periódico gráfico nos da una idea al reconocer que *La Vanguardia* fué sorprendida en su buena fe al ser mal informada, gato este que quizá pueda tragar un socialista como Porcel, pero que el sentido común de las gentes rechaza.

Y si *La Vanguardia* fué víctima de una falsa información, suministrada por el pesquisa Oriolo y sus íntimos Greco y González, ¿en qué puede fundar el periódico de la Gráfica sus sospechas acerca de la honestidad de los militantes de la Industria del Mueble?

Pero, no dejemos pasar la supuesta buena fe de *La Vanguardia,* sorprendida por unos audaces granujas...

Por manos del segundo autor de « Facundo », *La Vanguardia* recibe la autodefensa del agente patronal Oriolo, y la publica; recibe luego la nota del sindicato que expulsa a Oriolo, conteniendo los motivos de la expulsión, y *La Vanguardia* la tergiversa y mutila... en beneficio del pesquisa y de los propósitos de Casareto que, al parecer, en ese momento, está identificado con el pesquisa.

Por las mismas manos, *La Vanguardia* recibe las notas de la Industria del Mueble, destinadas a poner en descubierto la ridícula farsa de las acusaciones y no se publican, o en caso contrario, el Sarmiento socialista altera su texto... en beneficio del pesquisa y sus amigos.

En cambio, el segundo autor de « Facundo » publica *in extenso* las notas de las comisiones que señalan en el « compañero » Oriolo a un colaborador eficaz en la búsqueda de « agentes patronales ».

En *La Vanguardia* no hubo, a la sazón, ni buena fe ni sorpresa, sino todo lo contrario: mala fe y el deliberado propósito de perjudicar el movimiento sindical independiente de toda politiquería; y para lograrlo, no vaciló en recurrir al auxilio de un pesquisa. Guiada de móviles parecidos, obró respecto a nosotros del mismo modo que obraron los otros politicantes de los metalúrgicos y de los zapateros. Por eso llegaron a entenderse tan perfectamente.

Fué tan pésima la conducta de *La Vanguardia* en tal situación, que sus mismos correligionarios lo reconocieron, condenándola, al votar en el congreso de la U. S. A., como delegados de la Federación Gráfica, una moción contra las campañas insidiosas de ese diario, conceptuado antiobrero en el texto de la misma.

¿Qué motivos de otro orden pueden haber influído en *El Obrero Gráfico* para expresar sus sospechas acerca de nuestro sindicato?

Como miembros de la U. S. A., reconocemos haber actuado en forma distinta a la Gráfica, en lo que respecta al uso de nuestros derechos de confederados y al cumplimiento de los deberes que le son correlativos, distinción que, lejos de prestarse para tan bajos menesteres, estamos seguros que nos enaltece.

Para cumplir con el deber de cotizar regularmente, jamás el Comité Central de la U. S. A. tuvo necesidad de recurrir al costoso expediente de convertirse en nuestro deudor para poder cobrarnos.

Hemos cotizado siempre al Comité pro Presos el alto porcentaje que se deriva de la desidia de entidades que, como la Gráfica, nunca cotizan, pero que, sin embargo, reconocen la existencia de dicho Comité cada vez que le son necesarios sus oficios.

En las columnas de este mismo periódico se propaga sistemáticamente el boycot a los productos de las empresas en conflicto con la Unión Sindical Argentina, entre las cuales figuran algunas de las artes gráficas y ninguna de la Industria del Mueble; en cambio, el periódico gráfico se avergüenza de propagar esos boycots y se limita a los suyos. Así entiende la reciprocidad.

¡Y hay que oir a sus charlatanes corifeos, en los congresos obreros, reclamando derechos!

Difícilmente ha desatendido nuestro sindicato un pedido de solidaridad; difícilmente ha concedido la Gráfica solidaridad a quien se la solicitó (¡Dispense, hermano, aquí no hay pan duro!).

Nuestro Sindicato nunca intentó mantener relaciones con organizaciones de rompehuelgas, causantes de conflictos con sindicatos de la U. S. A.; la Gráfica, sí.

No nos avergonzamos de usar el label de la institución central—conforme lo determina la carta orgánica—en nuestros documentos oficiales, en nuestros impresos de propaganda sindical y en el sello del sindicato; la Gráfica, sí, y por eso jamás lo adoptó.

En definitiva, nosotros no tenemos de la U. S. A. el concepto que tiene el cafsten de « sus » mujeres, como le acontece a la Gráfica.

Quizá seamos, por todo eso, unos « angelitos »... temibles.

Si es así, la distinción de que nos hace objeto el periódico gráfico nos enorgullece. Y de nuestra parte no le envidiamos su posición, ni sus ideas, ni su « altruísmo », ni sus sentimientos « solidarios », ni sus relaciones, ni su ridículo y vacío « antisectarismo », que tanto le envanece.

Entrando en otro orden de consideraciones, es sugerente que el órgano periodístico de la Federación Gráfica plantée situaciones de esta naturaleza cuando tanto necesita de la U. S. A. para resolver la situación—sin contar otras—creada por el conflicto con el diario *Crítica.*

Ya ha recordado al Comité de la U. S. A. y a sus sindicatos, inclusive el nuestro, no sabemos cuántos deberes de solidaridad, que producen una sensación extraña después de verificar el género de relaciones que mantiene con la U. S. A.—a la que desea ver destruída, según propia confesión—y la clase de cortesía que usa con los sindicatos, de la que acaba de dar excelente muestra en el trato con el nuestro.

El mejor procedimiento para sabotear un pedido de solidaridad es el elegido con excepcional sabiduría por la Gráfica en esta ocasión.

Ese trato con los trabajadores, sólo le es permitido a los mal educados que se bastan a sí mismos. La comisión gráfica es mal educada, pero necesita de todo el mundo, y de ahí lo extraño de su actitud.

Sería interesante saber qué interés la guió a usar procedimientos más propicios para restar solidaridad que para obtenerla, salvo que tenga de la U. S. A. el concepto de que está compuesta de entes sin dignidad e incapaces de discernir, y para quienes el peor de los tratamientos es superior al que se merecen.

LA LUCHA CONTRA LA DESOCUPACION

La desocupación ha sido siempre el complemento necesario de la explotación «normal». La sociedad capitalista no tiene épocas de eliminación total de la desocupación «normal». Siempre existe como reserva una cierta cantidad de obreros desocupados. Y esa es precisamente una de las principales armas del capitalismo, en su acción por el establecimiento de un sistema «normal» de salarios.

De esto se deduce que la desocupación es algo inherente al método capitalista de producción; y la desaparición de la desocupación no se concibe sino con la desaparición del capitalismo.

Pero la desocupación actual en el mundo sale de los límites de la desocupación «normal», y adquiere proporciones tales que hacen meditar hasta a los más atrasados de los obreros, imponiendo a su atención el mecanismo general de la sociedad contemporánea.

Además de la desocupación completa, existe la desocupación parcial. Existen empresas en las que no se trabaja más que tres o cuatro días por semana, recibiendo, por supuesto, los obreros jornales incompletos.

La desocupación actual constituye un fenómeno completamente excepcional y debe incitarnos a tomar medidas también excepcionales de lucha.

¿Qué hacen los gobiernos ante el fenómeno de la desocupación?

En algunos países dan subsidios a los desocupados; en otros realizan trabajos públicos y facilitan la emigración. Y estos procedimientos son de los más liberales. Los sindicatos reformistas conciben el problema bajo un aspecto semejante. La C. G. T. italiana ha formulado las reivindicaciones siguientes: 1.° Organización de un empréstito público para socorrer a los desocupados; 2.° Este empréstito debe ser cubierto por los patronos; 3.° Organización inmediata de trabajos públicos.

La conferencia especial de desocupados que se realizó en Roma ha formulado, entre otras exigencias, la de la colonización en el interior del país y la participación directa de las masas obreras en la gestión de las empresas industriales, conservando, se entiende, la forma capitalista de producción. Ese es el programa del ala izquierda del movimiento sindical reformista. Los de la derecha no van más allá de los subsidios del Estado, la reducción del trabajo femenino y la iniciación de trabajos públicos. En los sindicatos revolucionarios se difunde la palabra de orden de reanudar las relaciones comerciales con la Rusia soviética. Los pedidos que vengan de Rusia tendrán la virtud de disminuir la desocupación, pero en débil proporción. ¿No dejará de ser una amenaza y un mal permanente para la clase obrera la desocupación? ¿Qué hacer?

El único remedio contra la desocupación es el socialismo.

Pero, mientras la revolución social no se realice, mientras no se establezca el régimen proletario, es indispensable que los sindicatos tomen una serie de medidas prácticas para llevar a la lucha contra la desocupación a las masas obreras.

¿Cuáles son las medidas prácticas y la palabra de orden que deben formular los sindicatos para disminuir la desocupación y para luchar contra ella?

Ante todo, y esa debe ser la palabra de orden fundamental, *los desocupados deben ser pagados por los capitalistas particulares o colectivos y por el Estado, o por el comité de las ramas de industria correspondiente.* Los desocupados no deben ser eliminados de los registros de las empresas. La empresa debe ser obligada a mantenerlos hasta que ella pueda proporcionarles trabajo. Y cuando la desocupación ha adquirido proporciones tales que alcanza a millares de millares y hasta millones de trabajadores, la palabra de orden de *la participación de los desocupados en el proceso de la producción* no dejaría de tener el concurso enérgico y serio de las masas trabajadoras.

En la cuestión de la desocupación se encuentran en pugna los intereses egoístas y los intereses de clase.

Existe una cantidad de trabajadores que no sufren la desocupación. Los obreros calificados en general no son alcanzados, y eso es precisamente lo que hace difícil que se les pueda hacer contribuir a la lucha para que los desocupados participen en el proceso de la producción. Por otra parte, hay obreros que temen que una participación semejante disminuya sus propios salarios. Y esas tendencias conservadoras en el medio obrero deben ser rechazadas por los sindicatos revolucionarios.

La absorción de desocupados en el proceso de la producción, su mantenimiento por cuenta de las empresas o por toda una rama de industria, debe constituir el eje de la agitación y de la propaganda.

La suerte de los desocupados depende enteramente de los que trabajan; y el más grande peligro consiste en la ruptura de la vinculación del movimiento de los desocupados con el movimiento obrero en general. En este sentido, la creación de organizaciones especiales de desocupados no siempre da los resultados deseados. Es verdad que casi siempre esas organizaciones tienen carácter revolucionario. Son más perseverantes, más enérgicas que las organizaciones de obreros ocupados, puesto que se preocupan exclusivamente del problema de la desocupación. Pero, sin embargo, la creación de organizaciones separadas hace que choquen los intereses de los ocupados con el de los desocupados. Y en vez de hacer que los trabajadores se preocupen por resolver el problema, se despierta un antagonismo. Es con gran circunspección que se deberá abordar la creación de organizaciones separadas y especiales fuera de los cuadros sindicales. Pero tampoco ha de significar que se deba limitar la acción a lo que hacen los sindicatos reformistas. Los desocupados deben constantemente influir sobre sus correspondientes sindicatos.

Al tiempo que la acción se orienta contra las municipalidades burguesas o contra el Estado—acción que se concretará en exigir que se entreguen las fábricas y talleres paralizados a los obreros, la institución del control obrero, el seguro contra la desocupación, la alimentación gratis a los niños, la supresión de los alqui-

FREEDON
127 Assailston. St. N.W.
LONDRES
(Inglaterra)

PORTE PAGO

Acción Obrera

~~ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA~~
DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 — BUENOS AIRES

leres, la instauración de trabajos públicos, etc., —debe tener lugar la acción organizada de los desocupados y de las minorías revolucionarias sobre la burocracia sindical y sobre los municipios socialistas. Estos últimos, si realmente son socialistas, pueden, en ciertos casos, gravar a los ricos con un impuesto local, poner a disposición de los desocupados los locales pertenecientes al Estado, alojar a los desocupados en las casas de los ricos y negarse a pagar al Estado los impuestos, contribuciones, etc.

Los desocupados y los sindicatos revolucionarios deben tener presente, en el curso de la campaña contra la desocupación, que sean cuales fueren las medidas que puedan tomarse en el estado presente, no podrán resolver fundamentalmente la cuestión.

El problema consiste en realizar una campaña—como lo indica el Primer Congreso Internacional de los Sindicatos Revolucionarios—no conjuntamente con los capitalistas, sino contra ellos; no mediante medidas pacíficas, sino mediante la lucha de clase abierta. El problema puede ser resuelto, no con el concurso del Estado burgués, sino después de su destrucción y cuando se instaure la dictadura del proletariado. El congreso mencionado, repudiando la identidad de intereses entre explotados y explotadores, aborda la cuestión de la lucha contra la desocupación bajo el punto de vista de clase. Y, convencido de que no puede ser solucionada sino por la revolución social, termina su resolución con el siguiente llamado a los desocupados:

« Vosotros, que fuísteis los primeros en sufrir en esta lucha, debéis ser los primeros también en llevar el ataque. Pero no olvidéis que no podréis triunfar sino estrechando las filas con los otros trabajadores, defendiendo, al par que vuestros intereses, los de toda la clase obrera. Los obreros que trabajan no están seguros de no caer en la desocupación. La lucha que realizan los sin trabajo debe ser secundada por todos los trabajadores, y los sindicatos rojos deben tomar todas las medidas para que la lucha de los desocupados se haga bajo la bandera sindical, y que los destacamentos de combatientes sean compuestos de desocupados y de ocupados al mismo tiempo.»

A. LOSOVSKY.

La lucha de clases implica una ruptura total entre el proletariado y la burguesía, es decir, entre dos mundos que tienen una noción contraria de la vida. Supone que la clase obrera, animada de un espíritu permanente de revuelta contra los amos de la producción y de la política, ha conseguido aislarse en sus cuadros naturales y crearse, en todas sus partes, instituciones y una ideología propia.

H. LAGARDELLE.

• • •

La huelga es una guerra, y a los ojos de los obreros el no huelguista es un traidor, un desertor, un ser monstruoso que abandonó a sus camaradas en la lucha; y hace muy mal invocar su libertad en ese trance, por tratarse de la libertad para traicionar, para ser cobarde y cometer un crimen de lesa solidaridad obrera.

EDUARDO BERTH.

• • •

El proceso y el progreso de la técnica, a la vez que son el índice, son también la condición de todos los otros procesos y de todo progreso. La técnica es la forma más tangible y promisora de la cultura. Hay que darle, únicamente, el sentido de la libertad y la justicia que le falta, y esa es la tarea del proletariado organizado, que trata de emanciparse libertando al trabajo y reemplazando la coerción por una disciplina espontánea y libre, que es el exponente más alto de la superiorización humana.

ANTONIO LABRIOLA.

• • •

Fuera del proletariado, la única clase revolucionaria en el momento histórico actual, ninguna fuerza es capaz de asegurar la salud física y moral del mundo. Con su lucha de clases, destruirá las clases, eliminará el privilegio y creará un orden en que la exaltación de las cualidades personales, lejos de servir como hoy a la insolidaridad y al despojo, harán más noble el contenido individual de cada vida sirviendo al bienestar común.

EMILIO TROISE.

• • •

Si la lucha de clases es todo el socialismo, se puede decir que todo el socialismo está contenido en el sindicalismo, desde que fuera del sindicalismo no hay lucha de clases.

H. LAGARDELLE.

BALANCES

Febrero de 1926

ENTRADAS

Saldo—	
Saldo del mes anterior	$ 3.310.64
Cotizaciones—	
Según estampillas Nos. 16.001 al 17.800, Serie H (1)	" 1.790.—
Alquileres—	
De la U. O. Local de Buenos Aires, por agosto y septiembre	" 80.—
De la U. S. A., por septiembre y octubre	" 400.—
Carnets—	
Por 300 carnets, a $ 0.40 c|u	" 120.—
Donaciones—	
Multa impuesta a varios compañeros, para ser entregada al Comité pro Presos	" 34.—
	$ 5.734.64

(1) En el talonario que corresponde al centenar 16.301 al 16.400, faltan diez estampillas, por error de confección.

SALIDAS

Alquileres—	
Alquiler de Secretaría	$ 430.—
Alquiler de salones	" 164.—
Utiles—	
Utiles de Secretaría	" 184.30
Utiles de limpieza	" 5.—
Cotizaciones—	
6000 cotizaciones a la U. S. A., por septiembre y octubre	" 600.—
6700 cotizaciones a la U. O. Local de Buenos Aires, por agosto y septiembre	" 201.—
6700 cotizaciones al C. P. Presos, por los meses de agosto y septiembre	" 335.—
Sueldos y Jornales—	
Secretario general	" 264.—
Ayudante de Secretaría	" 60.—
Cobrador (una quincena)	" 110.—
Limpieza (una quincena)	" 60.—
Donaciones—	
Al C. P. Presos de Buenos Aires	" 50.20
Tranvías—	
Gastos de tranvías durante el mes	" 15.50
Imprenta—	
Por trabajos de imprenta	" 9.—
Propaganda—	
Manifiestos, carteles murales, etc.	" 35.40
Biblioteca Social—	
Compra de libros	" 52.—
Electricidad—	
Consumo de energía eléctrica	" 40.80
Porte Pago—	
Por remisión de circulares y *Acción Obrera*	" 145.74
Estampillas—	
Compra de timbrados	" 56.—
« Acción Obrera »—	
Por impresión de dos números y exceso de material compuesto	" 588.—
Jornales para su confección	" 20.80
Comité de Huelga—	
Donación al Comité de Huelga de la casa Jhon Wright	" 100.—
Gastos de expedición—	
Acarreo y transporte de *Acción Obrera* y circulares	" 9.15
Varios—	
Déficit del pic-nic del 17|1|926	" 93.15
Libreta del Banco del S. Escultores	" 11.49
Deudores:	
S. Nivaroskin	" 10.—
Boris Kravzov	" 22.—
	$ 3.672.53

RESUMEN

Entradas	$ 5.734.64
Salidas	" 3.672.53
Saldo que pasa al mes de marzo	$ 2.062.11

DISTRIBUCIÓN

Saldo que pasa al mes de marzo	$ 2.062.11
Depósito de alquileres	" 2.057.—
Id en garantía de Porte Pago	" 100.
Id en garantía por salones	" 100.
Id a la C. H. A. D. E.	" 50
Préstamo al S. O. Afines al Automóvil	" 1.000.

Marzo de 1926

ENTRADAS

Saldo—	
Saldo del mes anterior	$ 2.062.11
Cotizaciones—	
Según estampillas Nos.:	
17.801 al 20.000, serie H	" 2.200.—
56.201 al 57.000 (Confed.)	" 800.—
57.001 al 57.100 Id	" 100.—
57.201 al 57.800 Id	" 600.—
Alquileres—	
De la U. O. Local de Buenos Aires, por octubre, noviembre y diciembre	" 120.—
De la Unión Sindical Argentina, por los meses de noviembre y diciembre	" 400.—
Carnets—	
Por 700 carnets vendidos a $ 0.40 cada uno	" 280.—
	$ 6.562.11

SALIDAS

Alquileres—	
Alquiler de Secretaría	$ 430.—
Alquiler de salones para asambleas	" 240.—
Utiles—	
Para la Secretaría	" 29.35
Arreglos en la máquina «Adressograph»	" 20.—
Utiles de limpieza	" 5.—
Cotizaciones—	
5100 cotizaciones a la U. S. A., por los meses de noviembre y diciembre	" 510.—
7400 cotizaciones a la U. O. Local de Buenos Aires, por octubre, noviembre y diciembre	" 222.—
7400 cotizaciones al C. P. Presos, por octubre, noviembre y diciembre	" 370.—
Sueldos y Jornales—	
Secretario general	" 264.—
Ayudante de Secretaría	" 80.—
Cobrador (tres quincenas)	" 330.—
Limpieza (tres quincenas)	" 180.—
Comisiones y Delegaciones—	
Jornal para efectuar comisiones	" 10.—
Tranvías—	
Gastos de tranvía durante el mes	" 33.25
Subvenciones—	
A *Bandera Proletaria*, por los meses de enero, febrero y marzo	" 15.—
Imprenta—	
Impresiones varias	" 69.—
Saldo de cuenta de carnets	" 543.—
Propaganda—	
Publicación en un diario israelita	" 6.—
Biblioteca Social—	
Encuadernación de libros	" 30.—
Electricidad—	
Consumo de energía eléctrica	" 39.60
Porte Pago—	
Remisión de circulares y *Acción Obrera*	" 195.88
Estampillas y Franqueo—	
Remisión de expreso urbano	" 0.70
Gastos de expedición—	
Acarreo y transporte de *Acción Obrera*	" 8.70
Muebles—	
Jornales para arreglo de muebles de Secretaría	" 85.60
Confección de una alzada de escritorio	" 90.—
	$ 3.807.08

RESUMEN

Entradas	$ 6.562.11
Salidas	" 3.807.08
Saldo que pasa al mes de abril	$ 2.755.03

DISTRIBUCIÓN



[illegible] de a[illegible]	[illegible].755.03
[illegible]	[illegible].057.—
[illegible]	100.—
[illegible]	100.—
[illegible]	50.—
[illegible]	[illegible].000.—
	$ 6.062.03

Abril de 1926

ENTRADAS

Saldo—	
Saldo del mes anterior	$ 2.755.03
Cotizaciones—	
Según estampillas Nos.:	
57.801 al 60.000 (Confed.)	" 2.200.—
64.901 al 65.300 Id	" 400.—
Alquileres—	
De la Unión Sindical Argentina, por enero, febrero y marzo	" 600.—
Carnets—	
400 carnets, a $ 0.40 c|u	" 160.—
Suscripción—	
Recaudado en favor de la familia del compañero Alfonso Espinosa y para el proceso de Gerardo Espinosa	" 366.25
	$ 6.481.28

SALIDAS

Alquileres—	
Alquiler de Secretaría	$ 430.—
Alquiler de salones	" 120.—
Utiles—	
De Secretaría	" 21.—
Traslado del aparato telefónico	" 20.—
Reparación de la escalera	" 70.—
Utiles de limpieza	" 1.—
Cotizaciones—	
7700 cotizaciones a la U. S. A., por enero, febrero y marzo	" 770.—
Sueldos y Jornales—	
Secretario general	" 324.—
Ayudante de Secretaría	" 120.—
Cobrador	" 220.—
Limpieza	" 120.—
Donaciones—	
A la familia de Alfonso Espinosa	" 183.10
Para el proceso de G. Espinosa	" 183.15
Comisiones y delegaciones—	
Jornal para efectuar comisión	" 6.40
Tranvías—	
Gastos de tranvía durante el mes	" 23.50
Imprenta—	
Sobres, convocatorias y memorándums	" 155.—
Biblioteca Social—	
Encuadernación de libros	" 30.—
Electricidad—	
Consumo de energía eléctrica	" 39.15
Refacciones y accesorios	" 15.70
Estampillas—	
500 de $ 0.05, 1000 de $ 0.02 y 1000 de $ 0.005	" 45.—
« Acción Obrera »—	
Impresión en idisch	" 90.—
Jornales para la confección de *Acción Obrera*	" 15.60
Gastos de expedición—	
Acarreo y transporte de *Acción Obrera*	" 6.90
	$ 3.009.50

RESUMEN

Entradas	$ 6.481.28
Salidas	" 3.009.50
Saldo que pasa al mes de mayo	$ 3.471.78

DISTRIBUCIÓN

Saldo que pasa al mes de mayo	$ 3.471.78
Depósito de alquileres	" 2.057.—
Id en garantía de Porte Pago	" 100.—
Id en garantía por salones	" 100.—
Id a la C. H. A. D. E.	" 50.—
Préstamo al S. O. Afines al Automóvil	" 1.000.—
	$ 6.778.78

Tesorero, RAIMUNDO MANCA — Contador, LUIS COLOMBO

Comisión Revisora de Cuentas:

PEDRO GUIDA — MIGUEL ARANDA — CARLOS RATTI